

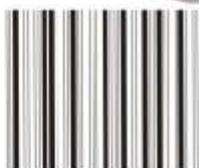
Alfa Eridiani

Revista de Ciencia-Ficción

Año 11 . Número 15 . ENERO - FEBRERO - 2005



© Kaparó



ISSN 1695-1859

ALFA ERIDIANI es una revista amateur de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es bimestral.

Cualquier colaboración (relatos, biografías, reseñas de libros, cartas al director, viñetas gráficas, cómics... cualquier otra cosa relacionada con la ciencia-ficción) siempre será bienvenida en editores_alfa@yahoo.es

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.
Equipo editorial: Belén Mariño Ponte
Sergio G. Bayona.

Ilustrador: Kaparó.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en *ALFA ERIDIANI*. No obstante, los derechos sobre el conjunto de *ALFA ERIDIANI* y su logo son © de José Joaquín Ramos de Francisco. La ilustración es copyright de Kaparó.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de *ALFA ERIDIANI*.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

EDITORIAL	1
CUENTOS	2
LA NIÑA AUTÓMATA	2
por Javier Caballero	
TIEMPO MUERTO	25
por José Ángel Menéndez Lucas	
1616	33
por Miguel Ángel López Muñoz	
SOMBRAS	47
por Omar Vega	
ARTÍCULOS	61
EL ENSAMBLE DE FRANKENSTEIN 2ª Parte	61
por Patricio Alfonso	
NOTICIAS	72
II CONCURSO Ociojoven	72
II PREMIO Minotauro	72
HADES - Nueva colección de Terror y Fantasía del sello Minotauro	73

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.com>

E-MAIL DE CONTACTO: editores_alfa@yahoo.es

LISTA DE COLABORADORES: alfaeridiani@yahoogroups.com



E d i t o r i a l

Estimados lectores:

Una vez más acudimos a la cita de sacar un ejemplar de Alfa Eridiani. Para ello hemos elegido cuatro cuentos y un artículo. Todos ellos nos hablan de alguna ambición. En LA NIÑA AUTOMATA de **Javier Caballero** se trata de preservar la vida de un ser querido; En TIEMPO MUERTO de **José Ángel Menéndez Lucas** se trata de agradar a la novia jugando con el tiempo; en 1616 **Miguel Ángel López Muñoz** de construir el edificio más alto del mundo y en SOMBRAS de **Omar Vega** de encontrar la naturaleza de la consciencia.

En la segunda parte del artículo EL ENSAMBLE DE FRANKENSTEIN de **Patricio Alfonso**, nos desmenuza el pensamiento de los autores de terror que han tan buenas obras al género.

No hemos olvidado las noticias: Un concurso, el ganador del Premio Minotauro y una nueva colección de terror titulada Hades.

Confiamos que disfruten tanto con la lectura de este ejemplar como nosotros hemos disfrutado elaborándolo.

Los editores



Cuentos

LA NIÑA AUTÓMATA

por Javier Caballero

La ciencia-ficción moderna se inició hace más de un siglo bajo la luz de los avances de la ciencia y la tecnología. En aquellos primeros relatos podemos ver a través de los ojos de los escritores las maravillas de su época y razonar sobre sus historias del futuro. En muchos aspectos es un estilo que se ha mantenido y una fuente a la que algunos vuelven para mojar sus labios. Leer este relato me hizo recordarlos y en mi memoria sentir el áspero tacto de hojas amarillentas con ese agradable olor a papel anciano (no, no soy taaaan viejo)

1

La luz se filtraba cada vez más débil al interior de la tienda, roja como las mejillas de una muchacha pudorosa. Estaba anocheciendo y afuera campaba el viento frío del diciembre parisiense con desvergüenza, mordiendo cuanta carne se ponía a su alcance y arrastrando con su vientre escamoso los sombreros de caballeros y damas. Las capas embozadas de los cocheros ondeaban como banderas en los pescantes de los carruajes y los caballos trotaban enérgicamente tratando de arrancarse el entumecimiento de las patas. Sin embargo, no todo el mundo se resguardaba, aunque eso parecía a priori lo más prudente. Hacía más de media hora que un hombre estaba detenido junto al escaparate inmerso en una meticulosa inspección de mi mercancía, tan meticulosa que parecía querer aprenderse hasta el último detalle de memoria. Vestía sobriamente de negro y parecía triste. Debía de tener unos cincuenta años aproximadamente, aunque quizás engañaba aquel rictus doloroso que tanto le demacraba. A juzgar por la calidad de su indumentaria tenía dinero. En realidad, aparentaba tener el suficiente como para pasar de largo mi humilde establecimiento. Mas a pesar de todo allí estaba, y no parecía querer marcharse, aunque tampoco se decidía a entrar.

Casi era navidad así que pensé que desearía comprar alguno de mis muñecos como regalo. Mis muñecos no eran nada corrientes, se trataba de autómatas de la más exquisita belleza. Los tenía de todas clases y tamaños y funcionaban a la perfección. Yo mismo me encargaba de limpiarlos y engrasarlos después de cerrar cada noche. He de reconocer que no eran tan asombrosamente bellos como los de las lujosas tiendas del centro, pero no estaban nada mal. Nada mal en absoluto.



Mientras atendía a un cliente rezagado (y a tenor de sus incesantes regateos bastante justo de dinero), no dejaba de mirar al hombre del escaparate. El cliente me estaba mareando con su palabrería sin sentido y en verdad me había enfadado de tal manera que hubiera cerrado de inmediato, dándole con la puerta en las narices, si no fuera porque esperaba ansiosamente a que el hombre del escaparate se decidiese a entrar. Tuve que aguantar más de un cuarto de hora a que desapareciese aquel indeseable pero al fin logré deshacerme de él con la promesa, absolutamente desesperada por mi parte, de que le rebajaría alguno de los juguetes para su dudosamente adorable niño.

Cuando se marchó, suspiré de alivio y miré de reajo al hombre. Fuera hacía realmente un frío espantoso pero permanecía inmutable. Tenía la mirada fija en una pequeña muñeca que había adquirido hacía poco y que me había permitido el lujo de mejorar añadiéndole un delicado movimiento de ojos. Generalmente compraba la mercancía asequible de los mejores creadores de autómatas de París para venderla. En la mayoría de las ocasiones, debido a la fascinación que aquellos maravillosos muñecos ejercían sobre mí, pasaba horas estudiando sus mecanismos y componiendo mis propias y humildes ideas. Esa era una de mis auténticas pasiones.

Miré de nuevo al escaparate con aire decepcionado. Hacía más de veinte minutos que la tienda tenía que estar cerrada pero el hombre no se había decidido a entrar. Le había dado cuanto tiempo había podido a aquel extraño pero ya me encontraba muy cansado y no tan seguro de su interés. Quizás no le gustasen mis muñecos realmente, o a lo mejor era un chiflado, o un pobre tipo rico recientemente arruinado con la necesidad de soñar. Eso explicaría su gesto ensombrecido. Sea cual fuera la explicación deseaba descansar, de modo que tomé los guantes y salí al exterior.

El viento arreciaba. El hombre no se movió al verme salir. Le miré de soslayo ahora que estaba cerca, lo más discretamente que pude y me di cuenta de que era más joven de lo que había imaginado, difícilmente podría superar los cuarenta años. El bigote y las cejas espesas también habían influido en mi error.

Crucé por detrás de su espalda y me disponía a pedirle sitio para colocar mi reja de cierre cuando el hombre habló.

—¿Es suya esta tienda?

—Sí, lo es, lo es —dije algo azorado—. Para servirle.

El hombre calló y siguió observando mi deliciosa muñeca. En realidad no se había movido para hablarme. Ni siquiera me había mirado.



—Esa muñeca la he hecho yo, ¿sabe? Estoy orgulloso de ella.

Traté de impresionarle con aquella mentira pero el hombre no reaccionó. Estaba quieto como una estatua. Sin embargo, al escrutarle detenidamente, observé que no miraba mi muñeca. En realidad no estaba mirando nada. Tenía los ojos vacíos como aquel que sólo ve en su memoria o dentro de su cabeza.

Decidí que no podía hacer nada por él. Le aparté con la menor brusquedad posible y cerré la verja del escaparate. Cuando me disponía a entrar en la tienda habló de nuevo.

—Me interesa.

—¿Le interesa? ¿Mi muñeca? Vaya, debo decirle que tiene buen gusto, es mi mejor pieza, una verdadera joya. Estoy enamorado de ella ¿Sabe? Me encanta esa tierna muñequita.

—No, no sólo me interesa eso. Querría saber lo que usted es capaz de hacer.

—¿Lo que soy capaz de hacer? —repetí sorprendido para mí mismo. En un instante me sacudieron infinidad de descabelladas conjeturas. ¿Qué pretendería aquel hombre de mí? Jamás me había encontrado en una situación semejante pero en cualquier caso parecía que tenía una buena oportunidad de lograr unas cuantiosas ventas.

—¿Puedo pasar?

—Claro —respondí sin apenas pensar.

El hombre se coló en el interior y advertí un leve gesto de consuelo al volver a un lugar caliente. Se quitó los guantes con elegancia mientras miraba alrededor con la mayor curiosidad.

—¿Todo esto lo ha hecho usted?

—Sí, en su mayoría sí. Algunas piezas las compro, ¿Sabe? Pero prácticamente todo es mío —respondí mintiendo de nuevo—. ¿Le gusta?

—Sí, aunque me pregunto si será suficiente —y añadió con un tono de desesperado anhelo—. Espero que lo sea.

—¿Suficiente para qué?

—Para el encargo que estoy a punto de hacerle.



—¿Y cuál es ese encargo? —pregunté intentando aparentar el mayor aplomo y profesionalidad posibles.

—Un encargo en el que pongo en juego mi corazón y el corazón de mi esposa. Es un encargo de la máxima responsabilidad que exige un gran trabajo y talento, y por el que será pagado tan generosamente que su vida cambiará a partir del momento en que acepte.

—Deberá ser más explícito... ¿En que consiste exactamente?. No pensará que voy a aceptar sin saber que debo hacer.

—Necesito que haga una copia exacta de mi hija.

Mi consternación era patente.

—¿Una copia exacta en que sentido?

—En todos los sentidos.

Supongo que aquello me dejó extremadamente aturdido porque el hombre se detuvo a mirarme fijamente. Ciertamente no sabía que decir, pero en cualquier caso aquello estaba muy por encima de mis posibilidades. En realidad estaba por encima de las posibilidades de la época, nadie podría hacer algo tan maravilloso como aquello, ni siquiera los más grandes de la profesión.

—Creo, creo que eso es demasiado para mí... ¿Ha probado a hablar con Blaise Bontems? ¿Con Theroude? Hable con los mejores de esta profesión, yo no puedo estar a la altura, caballero... —respondí con una sonrisa de humildad—. Phalibois o Lambert quizás también puedan ayudarle.

—Ya hablé con ellos.

—¿Y que ocurrió?

—Trabajaron para mí, pero no me satisficieron.

—Dios mío, ¿Y qué cree que podré hacer yo? No era verdad lo que le dije, yo no hice estos autómatas —dije entre aspavientos—. La mayoría los compro. Todo lo más que hago es reformarlos. Con mucho cariño, pero con poca ciencia, no sé si me entiende...

Al hombre se le encendieron los ojos y un extraño brillo emergió de lo más profundo de sus iris apagados.

—Cariño es lo que necesito, ¡verdadero amor! Amor para mi hija, amor para mi mujer, amor para mí... Estamos en una situación muy difícil, caballero. Mi hija esta a punto de morir. Padece una enfermedad incurable que la matará en



la cama, sin posibilidad de resistirse, seguramente antes de año nuevo. Es nuestra única hija, y no podremos tener más porque mi mujer estuvo a punto de morir en el parto. Los médicos me aseguraron que no sobreviviría a otro. Elisabeth es muy frágil... de cuerpo y de espíritu. Cuando mi hija muera se quebrará como rama seca y yo las perderé a ambas. ¡No puedo permitir eso! ¡No puedo permitirlo!

—Pero... ¿Y los médicos?

—No me queda ninguno al que acudir. Hace meses que apenas duermo. Ayer noche llegué de Berlín con la negativa de otro. Ya no me queda nada. He agotado todas las vías. Por eso le necesito a usted. Usted es mi última esperanza.

—No hay tiempo... —dije dudando y tratando de poner en orden todos los pensamientos que me rondaban por la cabeza—, ¡Es imposible! Demasiado para mí. Estamos a principios de diciembre. Un mes es muy poco tiempo para tan larga tarea. Además no creo que sea posible.

—¡Sí es posible! ¡Es posible!, créame. Estamos muy cerca. Tengo el trabajo de los otros... está casi terminada. Solo le falta el cariño, la magia de la vida, el toque final que la haga real.

—Eso es una locura. Lo que usted me pide va contra Dios.

—Oh, no. No crea eso. No es verdad. No le pido crear la vida, no me confunda. Sólo deseo simularla con tanto realismo que a mi mujer le baste para no arrojarse a un vacío que signifique su muerte. Lo que le pido no va contra Dios, lo que le pido es ayuda para salvar a mi mujer, para salvarme a mí mismo. ¿Usted no desea salvarme? Oh Dios mío, se lo imploro.

—Claro, claro que deseo salvarle. Es solo que...

—¿Qué?

—Que no podré...

—Sí que podrá... venga a mi casa y vea lo que ya hay hecho. Casi todo el camino está andado. No queda más que un último paso.

—No sé si debo...

—Se lo aseguro, no podría hacer nada mejor que aceptar. Me han hablado magníficamente de usted. Usted puede hacerlo, sólo usted. Y le pagaré, le pagaré con mi vida si pudiera. Si salva a mi esposa se lo deberé todo.



Entonces dudé. Dudé terriblemente sobre lo que debía hacer. Aquello ocuparía mi tiempo durante todo el mes de navidad, el mes más importante del año en cuanto a ventas. Deseaba ayudar a aquel hombre desesperado, pero no sabía si estaba capacitado para hacerlo.

—¿Cuánto me pagará?

—Oh. ¿Lo hará? ¿Me ayudará? El dinero no es problema, pida lo que quiera —sacó una billetera repleta del bolsillo y extrajo un buen fajo de billetes—. ¿Esto bastará para empezar? ¿Cómo adelanto del compromiso?

—Supongo que sí...

—¿Supone? Entonces está bien caballero. Permítame que me presente, Jean Louis Neville, siempre suyo.

—Hippolyte Gasquet —repliqué con voz apenas audible.

—Trato hecho mi buen Hippolyte. Usted ha alegrado mi vida, se lo aseguro. Venga a mi casa mañana, pronto, hacia las nueve. No desearía que estuviese mi mujer levantada. Lógicamente ella no sabe nada de todo esto. Aquí tiene las señas, le resultará fácil llegar, no está lejos.

—Bien... Mañana le diré si de verdad puedo ayudarle. Cuando vea lo que tiene.

—Cuando lo vea no podrá negarse. Se lo aseguro. Usted va a lograr algo grande. Un verdadero milagro para mí.

—Espero poder hacerlo.

Louis me miró fijamente. Su rostro había rejuvenecido asombrosamente desde hacía sólo unos minutos. Sonreía y los ojos chisporroteaban de entusiasmo mientras se colocaba de nuevo los guantes.

—Será un placer tenerle mañana en casa. Adiós mi buen amigo.

—Adiós —contesté con un murmullo mientras le veía salir— Adiós.

La puerta se cerró con un lamento seco.

En cuanto estuve de nuevo solo tuve el extraño presentimiento de que aquello no podría salir bien. El encargo era atractivo, pero difícil. Más que difícil, casi imposible. Llegué a pensar que no era más que una broma, pero el dinero era innegablemente auténtico.



El anticipo era más de un año de trabajo.

2

— ¡Debes de estar loco para aceptar un trabajo así! Pero, ¿quién te has creído que eres, Leonardo da Vinci? Por el amor de Dios, ¿has perdido el juicio? Pensar que puedes satisfacer semejantes exigencias... ¡Acabará contigo si no las cumples! Te destruirá a ti y a nuestra familia. ¿Es que acaso no has pensado en Catherine?

—Diantre, ¡Pues claro que he pensado en ella! Fíjate, para empezar podremos tener las mejores navidades de nuestra vida —respondí mostrándole a mi mujer el succulento anticipo—. He pensado en ir a comprar unos cuantos regalos para Catherine... y también para ti.

—Comprar, comprar... Con ese dinero no deberías comprar nada. ¡Devuélvelo!

—No puedo, ya me he comprometido.

—Pues deshaces el trato. Al fin y al cabo no has aceptado plenamente. Mañana vas a su casa y se lo devuelves. Presentas tus excusas y se acabó.

—Si hubieras visto lo desesperado que estaba... Yo también tenía dudas, pero él confiaba tanto en mí, y su deseo era tan fuerte...

—Ese hombre no está cuerdo. ¿Para qué quiere un autómata como su hija? Esa máquina jamás podría suplantarla. Y su mujer no creo que sea tan estúpida como para aceptar semejante farsa.

—Su mujer está muy delicada, el muñeco la aliviará parte de su sufrimiento.

—¡Patrañas!

—¿Por qué patrañas? Quizás no sea tan mala idea. La gente termina amando a un caballo, a un perro o a un anillo de bodas. La gente deposita su cariño en las cosas más inesperadas... ¿Y por eso han de estar locos?

Mi mujer no me replicó de modo que continué hablando para aprovechar mi inesperada ventaja.

—La gente necesita dar su amor. Eso es lo que él ha visto en mí, la capacidad de dar cariño a las máquinas. Los más grandes de esta profesión que adoro han creado un autómata perfecto pero sin corazón. Alguien debe darle ese corazón y el destino me ha elegido a mí. ¿Qué hay de malo en ello?



—Nada, nada malo —concedió con desgana.

—¡Pues entonces debo aprovecharlo! Es la oportunidad de mi vida. Si todo sale bien imagínate lo que ocurrirá. No sólo será el dinero que el señor Neville nos proporcione y la satisfacción de salvarles de su tristeza, sino el reconocimiento de mi trabajo dentro de la profesión. Sería maravilloso para el negocio, estupendo para nosotros.

—Demasiado bueno.

—¿Demasiado bueno por qué? ¿Es que acaso no merecemos una vida mejor? ¿Es que no merecemos el éxito y el reconocimiento por nuestro trabajo? Yo creo que sí, y voy a luchar por ello. Sería estúpido si no aprovechase esta oportunidad.

Mi mujer permanecía ensimismada sentada sobre la cama. No sé que se le pasaba por la cabeza pero creo que todavía buscaba un resquicio de debilidad en mis argumentos. Era muy testaruda y le costaba dar su brazo a torcer. Sin embargo al final admitió que no tenía razones para desconfiar.

—Está bien, muy bien. Mañana vas a su casa y que te enseñe lo que tiene. Pero si lo ves difícil, si te presenta una chapuza, devuelves el dinero y punto final.

—Claro, eso pensaba.

—Eso pensabas, mentira, tu sólo piensas en tus pajaritos mecánicos.

—Ya ves que no es cierto. A veces también pienso en mi familia. —dije mientras la besaba sabiéndome ganador de aquella batalla—. Voy a despedirme de Catherine.

Salí de la habitación y me dirigí al cuarto de mi hija. Como cada noche, la encontré dormida en el momento de darla un beso.

3

La casa era sencillamente deslumbrante. Hacía años que no veía semejante opulencia tan de cerca. Resultaba extraño pensar que a pesar de todo su dinero el señor Neville no podría salvar a su hija de una muerte segura. En cierto modo le compadecí. Sí, porque a pesar de toda su riqueza mi hija, que vivía en una casa modesta, gozaba de perfecta salud. Y la vida era mucho más importante que toda aquella parafernalia y dinero.

Anduve acompañado por el mayordomo hasta el salón. Un gran ventanal se abría hacia el patio frontal de la casa guardado por castaños, prunos, olmos y



robles descarnados por los rigores del invierno. De los macizos de flores no quedaba más que el recuerdo de unos enormes macetones de piedra con motivos geométricos labrados en los costados. El interior era muy acogedor. La chimenea estaba ya encendida con una alegre y vivaz fuego. Los cuadros y mobiliario obedecían a las últimas tendencias de la moda modernista.

Inmerso en mis pensamientos me acomodé en un sillón. Había pasado la noche desvelado por la emoción. Sólo a última hora pude conciliar el sueño, y fue únicamente por un par de horas. Incluso había dedicado una hora de mi descanso nocturno a realizar algunos pequeños cambios que tenía pendientes en una pareja de bailarines autómatas. Cuando los vi terminados y dando vueltas en perfecta sincronía con la música mis nervios se relajaron y pude dormir de un tirón.

No tuve que esperar mucho para ver a mi anfitrión. A diferencia del día anterior mostraba un gesto risueño y optimista. Llegué a especular con una súbita recuperación de su hija. Sin embargo, no era así. Después de saludarme efusivamente me condujo hasta un pequeño cuarto cerrado con llave en la zona de la casa destinada al servicio. Allí me hizo pasar con el semblante serio.

—Aquí está —dijo adentrándose en la oscura habitación—. Entre sin miedo mientras descorro los cortinajes.

Le seguí sin alejarme demasiado de la puerta puesto que no quería tropezar. Louis se acercó a la ventana y tirando de un grueso cordel dejó entrar la luz pálida de la mañana invernal.

La habitación era un pequeño dormitorio. La componían un armario, un escritorio, una mesilla y una cama ocupada por el cuerpo de una niña durmiendo. Enseguida me di cuenta de que se trataba del autómata, aunque quedé extremadamente sorprendido por la naturalidad de su postura acurrucada. De no haber sabido que iba a ver un muñeco hubiera pensado que se trataba de una muchachita de carne y hueso.

—Despierta —dijo susurrando cariñosamente el señor Neville—. Despierta cariño, han venido a verte.

El autómata se giró protegiéndose los ojos con los antebrazos. Tenía los párpados entrecerrados y la boca bostezaba con asombrosa verosimilitud. Estaba presenciando, sin duda, la obra mecánica más perfecta que jamás había existido sobre la tierra.

—Hola papá —respondió la muñeca con voz aflautada—. He dormido bien.

—Claro que sí, preciosa.

Louis se giró para indicarme que pasara y que cerrara la puerta. Aún estupefacto logré hacer ambas cosas.



—El señor Gasquet está aquí para ayudarte. Va a darte un corazón, cariño.

—Estoy muy contenta papá —replicó la muñeca con un parpadeo encantador—. Quiero estar contigo y con mamá.

—Sí, sí. Lo vas a estar —se volvió hacia mí—. ¿Qué le parece mi niña?

—Magnífica ¡Asombrosa! —exclamé incapaz de contener la emoción.

—Sí, realmente lo es... Pero aún no es suficiente. Necesito que sea aún mejor. Todavía más perfecta.

—Te quiero papá.

—¿Más perfecta? Le aseguro que estoy anonadado. No puedo dar crédito a lo que ven mis ojos. ¡Me siento un privilegiado sólo por haberla visto!

—Te quiero mamá.

—Pero no basta mi querido amigo. Todavía queda trabajo que hacer.

—Quiero jugar...

—¿Entiende lo que le digo?

—...¿Queréis jugar conmigo?

—Si veo a lo que se refiere —admití mientras me entorpecía groseramente la dulce voz de la autómeta.

—Necesito mi muñeca, papá.

—Aquí la tienes hija —Neville le acercó una pequeña muñequita de trapo—. Juega con ella, preciosa.

La imagen de la autómeta agarrando la muñeca quedó grabada en mi memoria. De verdad parecía que trataba de divertirse con ella. Los movimientos eran tan perfectos como nunca me habría atrevido a imaginar. Percibí algo grotesco y antinatural en todo aquello, pero el verdadero cariño con el que le hablaba Louis transformaba la escena en algo verdaderamente enternecedor.

—Ha venido aquí para valorar el trabajo que han hecho por mi hija. Debo pedirle que me dé su opinión y me diga si va a terminar lo que otros empezaron y no supieron, o no quisieron, acabar.

—Sería todo un honor...

De nuevo me asaltaron las dudas y mi instinto me instó a que abandonara aquel lugar tan rápido como pudiera. Pero no veía ninguna forma de hacerlo sin quedar como un cobarde o un estúpido, así que proseguí la frase y terminé por comprometerme sin ninguna opción de salida.



—... y creo que estoy en la obligación de ayudarle. Me complacerá y enorgullecerá darle esta felicidad a su familia.

—Oh, bendito sea Dios. ¡Esperaba que lo dijera!

Recuerdo que la fascinación que sentía por aquel artilugio divino influyó también en mi decisión. La terrible necesidad que me embargó de ver sus mecanismos, de comprender las maravillas que obraban los cientos de miles de engranajes que debía de haber dentro de aquel cuerpecillo, me hicieron pasar por encima de los dictados de mi propio corazón. Estaba ansioso por poder empezar mi trabajo. Y cometí un pecado con el pensamiento, porque durante un momento imaginé que podría dar la vida con mis propias manos.

Así pues acepté el trabajo y era el momento de llevarme al autómata a mi taller. En un principio pensé que podría hacerlo con una caja, eso sí, de gran tamaño. Sin embargo mi propuesta fue recibida con horror por parte del señor Neville.

—¡De ningún modo te llevarás a mi hija metida en una caja! —me dijo—. Buscaremos la mejor manera.

La cuestión era saber cuál era la mejor manera. Al fin decidió darme una manta en la que llevármela envuelta como si se tratase de una chiquilla enferma.

—Esto será lo más apropiado. Y nada más cerca de la realidad —añadió sonriendo tristemente.

Louis estaba como enfebrecido por la idea de ver terminado el autómata. Me pareció mal momento para hablarle sobre el pago del resto del dinero, así que lo dejé pendiente para otro día. Era mejor no mezclar los temas del corazón con semejante vulgaridad materialista. Preferí que no pensara de mí que era de esa clase de gente.

Salí a la calle con el autómata en brazos. Hacía frío pero noté (¿o ya eran imaginaciones mías?), que su cuerpo emanaba una tibieza similar a la de un cuerpo humano. Si era así, el trabajo era más concienzudo de lo que podría haber soñado. Sólo de pensarlo me cruzó un escalofrío por la columna.

Temblando inexplicablemente crucé el jardín que conducía a la calle. Al girarme para tomar el rumbo a casa pude vislumbrar al señor Neville a través del ventanal del salón. Se despedía sacudiendo una mano. Lo que no supe es si se despedía del muñeco o de mí.



Los días que siguieron fueron de una actividad frenética. Tenía mucho trabajo por delante. La máquina era extraordinariamente compleja y, aunque las trazas de funcionamiento general obedecían a un par de conceptos muy sencillos, en su conjunto resultaba ser un verdadero rompecabezas. Innegablemente, la obra había sido ejecutada detalle a detalle por los mejores.

La muchachita mecánica no tenía nombre, y como tampoco conocía el de la verdadera niña, decidí llamarla Eva, como a la primera mujer que pisó la tierra.

Trabajaba día y noche, con la puerta siempre cerrada. No es que sintiera vergüenza de mi trabajo, pero en cierto modo me sentía como si estuviera realizando una tarea inmoral, prohibida. Además tenía miedo de que Catherine la viera. Era posible que sintiera miedo o aprensión de una criatura como aquella a pesar de que toda su vida se había visto rodeada de autómatas. La curiosidad de los niños es traicionera, por eso cuidaba hasta el más mínimo detalle. Además a Louis no le hubiera gustado que su secreto saliera a la luz antes de tiempo.

Cada día recibía noticias por carta del señor Neville. Siempre preguntaba lo mismo. Se interesaba por los progresos y me deseaba suerte e inspiración para mi celoso trabajo. Quizás con objeto de animarme adjuntaba siempre una considerable cantidad de dinero.

Las dudas de mi mujer desaparecieron completamente merced a la continua afluencia de ingresos. En pocas semanas tendríamos más de lo que podríamos gastar humildemente hasta el final de nuestros días. Hacía mucho tiempo que no la escuchaba cantar tan alegre mientras desempeñaba las tareas de la casa y la tienda.

A las dos semanas el señor Neville me advirtió de una pronta visita al taller. Quería ver en persona las mejoras que hasta el momento había podido hacer. Le contesté rápidamente haciéndole notar que aún no había tenido el tiempo suficiente para cumplir los objetivos que me había propuesto. Presenté repetidamente mis excusas y le aseguré que en sólo una semana los progresos serían espectaculares.

Su respuesta al día siguiente fue tajante: el tiempo se acababa. Adjuntaba más dinero que habitualmente y me sentí en el deber de exprimir mi tiempo aún más. A partir de entonces no dormía más que tres o cuatro horas diarias.

Aún no había cumplido la semana que había solicitado cuando, el sábado por la noche, se presentó inesperadamente en la tienda. De nuevo mostraba su rostro más demacrado. Parecía arrasado por el dolor.

Con la mayor humildad le hice pasar al interior de mi taller.

—Me agrada verle, señor Neville. ¿Cómo se encuentra su hija?



—Francamente mal, mi buen Hippolyte. Los doctores sólo pueden calmar su dolor, que es mucho —dijo mientras se desprendía de su abrigo—. Dime ¿Dónde está la pequeña?

Me acerqué a la mesa y descubrí el enjuto cuerpo mecánico. Levanté a la autómatas y se la tendí al señor Neville. Louis la tomó con ambas manos y Eva sonrió dulcemente.

—Hola papá.

—Hola cariño... ¿Me has echado de menos? —preguntó mientras la arrullaba.

—Te quiero papá.

—Yo también a ti, preciosa.

Ambos se fundieron en un abrazo tan emotivo como extraño.

—Quiero salir papá. ¿Me llevas de paseo?

Louis sonrió excitado. Esta era una de mis incorporaciones al autómatas original. Había estudiado las posibles respuestas y había seleccionado las que resultarían más humanas sea cual fuere la contestación.

—Por supuesto. ¿Dónde quieres ir?

—Quiero conocer a otros niños.

—Me temo que ahora no podrá ser cariño.

—Quiero jugar con los demás —insistió la muñeca tiernamente.

—No podemos salir fuera, hace frío y es de noche.

—Quiero pasear... —respondió la máquina implacable—. Quiero pasear...

A continuación la muñeca inició unos breves pucheros, muestra de su contrariedad. Louis abrió la boca asombrado por el logro, ¡su hija iba a llorar! Sin embargo enseguida le mudó el rostro, casi tanto como a la pequeña autómatas. Los mecanismos que se encargaban de las expresiones aún no estaban adecuadamente ajustados para mostrar gestos tan complejos como los que requiere el dolor. La cara de Eva se convirtió en una mueca horrible y grotesca, terriblemente estremecedora.

Tan asustado estaba que la dejó caer de sus manos. Ni siquiera yo pude reaccionar a tiempo. La niña se rompió la pierna de un golpe, destrozando la articulación de la rodilla.

—¡¿Pero que ha hecho?! ¡Mire lo que me ha obligado a hacer!



Arrepentido de su terror levantó a la criatura del suelo. La pierna le colgaba dolorosamente a la vista. Todavía mostraba un rostro contraído y deforme.

—¿Qué te han hecho, hija mía? ¿Qué te he hecho?

—Quiero pasear —insistió la muñeca—. Quiero pasear.

Louis la estrechó entre los brazos con más fuerza y comenzó a llorar. Sus lágrimas eran absolutamente reales.

—Por Dios, acabe con esto. Ayude a mi hija.

Adiviné la terrible confusión que se producía en la cabeza del señor Neville. Me pareció que ya no podía o no deseaba distinguir entre su hija real y su hija ficticia. ¡Estaba trastornado!

—¿Qué está ocurriendo aquí? —mi mujer se precipitó desde la tienda. Había escuchado los gritos.

—No ocurre nada, déjanos —respondí abrumado por la situación—. Sal de aquí. Cierra la puerta.

—¡Quiero pasear! —continúo con un gorgoteo aterrador la autómatas.

—¡Ahhh! —chilló Catherine aterrada al ver a la muñeca rota y deforme.

—¡¿Pero qué hace la niña aquí?! —grité enfurecido—. ¡Maldita sea llévatela!

—Se ha debido colar desde la tienda... ven hija, ven con mamá.

—Si, llévatela. ¡Llévatela! Dios mío...

La puerta se cerró.

Louis había conseguido calmar a Eva arrullándola. Tenía el gesto deshecho de dolor y lloraba quedamente. En sus brazos la muñeca sonreía levemente incapaz de entender la tragedia que se desarrollaba a su alrededor.

Yo no sabía qué decir, una infinidad de pensamientos turbulentos se agolpaban en mi cabeza. Por una parte no comprendía tanto dolor causado por una máquina sin sentimientos ni conciencia. Por otra parte sentía mi orgullo herido, mi trabajo envilecido por los acontecimientos. Y por encima de todo me asaltaba la sensación de haber introducido la locura en mi casa.

En aquel momento lo que más deseaba es que el señor Neville abandonase mi taller. Que se llevase su dinero, su autómatas y su desgracia y no volviera por allí nunca más. Esperaba que, enfurecido, renegase del momento en que me eligió y se marchara para siempre. Pero no fue eso lo que ocurrió.

Cuando se recuperó del dolor tendió a Eva sobre la mesa y se limpió los últimos rastros de lágrimas.



—Señor Gasquet, lamento lo ocurrido aquí esta noche. Todo ha sido un error propiciado por mi impaciencia. No debería haber venido hasta que usted no hubiera terminado con su trabajo y le pido perdón. Lo siento de veras.

Les aseguro que en aquel instante estaba atónito por el giro inesperado que había tomado la situación. No tenía palabras de manera que sólo le miré fijamente mientras se enfundaba de nuevo el abrigo. Deseaba decirle que no volviera, que no me dejara a su hija allí, que ya no quería el trabajo, que no necesitaba su dinero impreso de dolor. Pero mis labios no lograron despegarse.

Abrió la cartera y dejó caer más billetes. Una cantidad enorme. Se colocó el sombrero y se marchó.

Le vi ser tragado por la noche fría y triste, el viento y la nevada. Traté de imaginar su dolor, pero el abismo dentro del que yo mismo me sentía era tan profundo que no podía pensar en nada más.

5

La responsabilidad de terminar el trabajo se había incrementado hasta convertirse en una verdadera obsesión. Había desoído los consejos, de mi mujer y de mis primeras intuiciones que me movían a dejarlo todo y devolver el dinero, para encerrarme con mayor ahínco a fin de acabar el encargo. Muchas veces pensé en cejar en el empeño, pero un estúpido y desconocido orgullo junto con un exacerbado sentido del deber me impidieron hacerlo.

Fue la nochebuena más triste de nuestra vida. Ni siquiera salí a cenar con mi esposa e hija, absorto como estaba por culminar mi titánico esfuerzo. En parte no deseaba verlas, hasta tal punto estaba obsesionado.

El tiempo corría desfavorablemente para mis intereses. La chica estaba muy grave (me refiero a la verdadera hija de Neville), y el desastre de la última noche me obligó a reparar los mecanismos de la cara y reconstruir la rodilla completa de la autómatas. Dos contratiempos que solventé con relativa rapidez pero que me robaron un tiempo precioso.

La última semana progresé notablemente, pero todavía me encontraba bastante lejos de las metas que me había impuesto. Necesitaba más tiempo, un tiempo que sabía que no tenía. Cada mañana esperaba que fuese la última, la definitiva, en que el señor Neville reclamase a su hija. Tuve todavía un poco de margen, pero cinco días después de año nuevo me llegó la temida noticia.

Estimado señor Gasquet, mi hija ha muerto. El compromiso que contraí conmigo finalizará en el momento que me haga entrega de la hija que le he confiado. Mi mujer y yo estamos destrozados, por esta razón le pido que lo haga cuanto antes. Sin embargo, por nada del mundo desearía que sucediese un de-



sastre como el que viví en mi última visita a su taller. Con objeto de evitarlo, le espero mañana a las nueve en mi casa para ver sus progresos. Entonces decidiremos la fecha de entrega definitiva. Le ruego que no se demore.

Afectuosamente.

Jean-Louis Neville

Estaba sencillamente atrapado por la falta de tiempo y por la propia ambición de una empresa desmesurada. El corazón me dio un vuelco incapaz de asumir semejante derrota. En un solo día era absolutamente imposible terminar las mejoras en las que estaba trabajando. El resultado de un acabado apresurado podía tener conclusiones fatales.

Mis pensamientos se convirtieron entonces en un maremagno de posibilidades enloquecidas. Las primeras que deseché fueron las simples excusas, de sobra sabía que Neville no podría esperar tanto tiempo como requería. Después urdí toda clase de artimañas descabelladas hasta que surgió de repente una idea asombrosamente simple y eficaz para el problema. No había mejor forma de ganar tiempo que impresionándole, ¡y había imaginado cómo hacerlo!

El problema al que me enfrentaba era el de simular la vida con un autómatas, lo más complejo a lo que el ser humano podía aspirar. Lograr esta simulación con el mero uso de engranajes y mecanismos era hartamente difícil, pero ayudado por una persona el engaño resultaba sencillo.

No sería el primero en utilizar semejante estratagema. Era un hecho conocido que Napoleón Bonaparte fue engañado por un autómatas que se decía jugaba al ajedrez. El truco era obvio: Dentro de la máquina, que tenía la apariencia de un enorme turco, Wolfgang von Kempelen, su creador, introdujo al campeón austriaco de ajedrez Johann Allgaier. Hasta tres veces fue derrotado el Emperador provocándole, obviamente, una incontenible furia. Sin embargo el engaño no fue descubierto en el momento y sólo mucho tiempo después fue dada a conocer la historia.

Si obraba con cuidado una farsa similar podría salvarme.

Necesitaba una persona capaz de manejar el pequeño cuerpo del autómatas sin ser visto. Kempelen se había servido de un gran cajón colocado bajo el tablero para ocultar a su cómplice. Yo no podía utilizar el mismo sistema puesto que Eva debía moverse. El asunto era complicado si se planteaba desde aquella óptica pero encontré otra posibilidad bastante plausible: colocar a una persona en el mismísimo interior del autómatas. A diferencia de Kempelen yo no estaba obligado a enseñar los mecanismos para demostrar que no había engaño, Neville daba por supuesta tal cosa y eso me facilitaba el truco. La verdadera cuestión era encontrar a alguien adecuado para conducir la máquina. Pensé primeramente en un enano, pero resultaría demasiado difícil encontrar a uno, y además dispuesto para aquella tarea en fechas tan señaladas. Entonces pensé



en Catherine. ¡Realmente mi hija sería la persona idónea! Catherine tenía un par de años menos que la hija de Louis y sería fácil introducirla en el interior sin levantar sospechas.

Para ejecutar mi farsa debía vaciar el interior del autómatas de la mayor parte de los mecanismos y enseguida me puse manos a la obra. Pronto quedaron únicamente los engranajes que manipulaban los dedos y los gestos faciales. Alimentado por un auténtico frenesí añadí un delicado sistema de palancas para que pudiese ser accionado por mi pequeña.

El plan definitivo era el siguiente. Era obvio que no podría decirle nada de esto a mi mujer así que lo mejor era que yo mismo acompañase a Catherine a la escuela al día siguiente. En el camino nos desviaríamos a la casa de Louis para representar la escena y luego la devolvería a clase. Después de ejecutada la farsa el señor Neville quedaría tan gratamente sorprendido que accedería a concederme un plazo más largo sin pensarlo y saldría del atolladero sin más complicaciones.

Seguro de haber solucionado el problema me dispuse a dormir. Debo decir que descansé como no lo había hecho en las últimas dos semanas.

6

A la mañana siguiente me desperté sobresaltado y nervioso. Mi descanso había sido tan plácido que temí haberme quedado dormido. Suspiré aliviado cuando vi la hora, aún había tiempo. Mi mujer estaba levantada y preparando a la niña.

Apremiado por los nervios me incorporé rápidamente y me vestí. Apenas logré tragar un poco de café para desayunar, tal era mi inquietud.

—Despídete de tu padre —escuché decir a mi mujer desde el vestíbulo.

Catherine abrió la puerta de la cocina. Estaba ya preparada para ir a la escuela, perfectamente ataviada con el abrigo que le habíamos regalado las navidades pasadas, una preciosa prenda de color granate con enormes botones negros.

—Hoy no hará falta que te despidas de mí tan pronto —respondí mientras tomaba la mano de mi hija—. Te acompañaré a la escuela. Necesito tomar el aire fresco.

Advertí un elocuente gesto de sorpresa en el rostro de mi mujer. Debió parecerle extraña no sólo aquella imprevista iniciativa mía, sino mi completa dis-



posición. Cuando salí de la cocina ya iba perfectamente vestido para salir, incluso me había enfundado los guantes durante la tensa espera.

—No te preocupes, cariño. Estaré de vuelta pronto. Y seguiré trabajando...
—añadí besando su rostro atónito.

Di un par de vueltas a la bufanda de Catherine antes de salir y tomé la caja que había preparado con la pequeña autómatas.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó mi mujer con aire temeroso.

—Unas piezas que tengo que devolver. Ese gañán de Philip tendrá que trabajar un poco buscándome algo mejor que esto. Pero no te preocupes, no será más que un momento. En seguida estaré de vuelta.

Nos lanzamos a la calle. El viento era verdaderamente frío y mordía con saña. Apreté el cuerpo de Catherine contra el mío y avanzamos rumbo al almacén de Philip, mi proveedor de piezas para los autómatas. Por supuesto que no pensaba devolver nada, pero necesitaba un lugar fuera de casa para introducir a la niña en la máquina. Era una suerte que dispusiera de una copia de las llaves de su almacén. Una larga amistad bien merecía este tipo de confianzas.

Todavía era pronto para que el buen gandul anduviese por allí, de manera que abrí la puerta sin ningún temor y nos colamos rápidamente en el interior.

—Por aquí no se va a la escuela papá —replicó inocente mi pequeña Catherine.

Lo sé, lo sé. Es que antes tengo que hacer un pequeño recado, y tú me tienes que ayudar. ¿De acuerdo hija?

Catherine no respondió. Sólo me miró con los ojos muy fijos mientras des-embalaba la caja. Cuando puse al descubierto el contenido dio un pequeño grito de terror incontrolado.

—No pasa nada. Es sólo una de mis muñecas. Como Isabelle, tu favorita ¿No te parece preciosa?

—No, no es igual que Isabelle. Es muy distinta. Y me da miedo papá. Tiene una cara muy rara.

—Por dentro es mucho más bonita —dije mientras la abría como si se tratara de la tapa de un sarcófago—. ¿Lo ves?

—No, es fea —replicó—. Y me da miedo.

—Nada de eso, mira bien. ¡Fíjate como se mueven los dedos! ¿No es genial?



Introduje la mano dentro de una de las manitas del autómata y moví los dedos de la manera más graciosa que supe. Quise hacerla reír y lo conseguí. Ahora Catherine parecía divertida.

—¿Quieres probar tú?

—Bueno.

Se acercó decidida y jugueteó un rato con las manos. La dejé hacer mil diabluras sin molestarla para que perdiera el miedo a la autómata. En ese momento estuve seguro de que lograría mi propósito.

—Muy bien hija. Ahora necesito que te tumbes ahí dentro, vamos a jugar a los disfraces, ¿Qué te parece?

—¿Cuál es mi disfraz?

—Esta muñeca. Está bien, ¿verdad?

—¿Y cuál es el tuyo, papá?

—Oh, yo no lo he traído. Pero ahora iremos a buscarlo. Mientras tanto te iré poniendo el tuyo. ¿Estas cómoda? —dije mientras empezaba a cerrar el cuerpo del autómata.

—Está estrecho, papá. Y algo oscuro.

—No te preocupes, es sólo al principio. En seguida estarás bien.

Con cuidado la ayudé a levantarse y tuve ante mí el resultado de la farsa. Realmente era fantástica y sentí una punzada de dolor en mi orgullo al darme cuenta de lo lejos que aún estaba de la naturaleza y de la verdadera vida.

—Estás maravillosa, hija. Perfecta.

La escuché reír dentro de su inesperado disfraz.

—Si te gusta otro día te lo pondré y se lo podrás enseñar a tus amigos.

—Sí papá, por favor.

Terminé de recoger la caja y vestí a Catherine de nuevo con su abrigo. No quería que se constipase. Salimos a la calle.

Viéndola brincar dentro de aquel autómata advertí lo que significaba aquella máquina para la familia Neville, o lo que ellos querían que significase: la alegría de la vida.



Anduvimos un par de manzanas y en el momento en que doblamos para encarar la calle que conducía a su casa cogí en brazos a mi pequeña. No quería que un exceso de naturalidad mandase al traste mis esperanzas.

—¿Qué ocurre, papá?

—Nada. No quiero que te canses, has andado mucho ya.

—No, que va. Todavía puedo más.

Sin hacerla caso avancé hasta el umbral de la entrada al jardín. Antes de traspasarlo hablé a Catherine con seriedad:

—Vamos a casa de un amigo, un amigo muy triste. Le prometí enseñarle un precioso disfraz de muñeca para alegrarle. Si parece una muñeca feliz él lo será, si no lo parece se pondrá triste. Así que trata de alegrarle cariño. ¿Serás buena?

—Sí papá —respondió obediente.

Sin más dilación agoté los pasos que me separaban de la noble puerta de entrada. Golpeé con el llamador y esperé. El rostro del mayordomo asomó tras la hoja entreabierta, sonrió y nos dejó pasar.

—Buenos días, caballero. Acompañeme hasta el salón. El señor no tardará en bajar.

El tiempo que estuve esperando se me hizo eterno. Catherine pretendía que la dejase en el suelo para explorar el lugar y jugar pero la retuve tenazmente a pesar de sus quejas. Al fin el anfitrión hizo acto de presencia.

—Puntual y cumplidor. Saludos mi adorado Gasquet —empezó a decir aún antes de haber terminado de bajar la escalera.

—Buenos días —respondí sin poder ocultar un tono apocado y nervioso. Aquí la tiene, el fruto de mis desvelos.

Puse a mi hija sobre el suelo y la empujé levemente en dirección a Louis. Ella se resistió a avanzar y se giró para mirarme, como si esperase encontrar una confirmación en mis ojos. El rostro de Neville mostraba una mueca nerviosa mal disimulada, también una impaciencia anhelante. Sus ojos brillaban de deseo. Cabeceé para que fuera hacia él.

—Vamos, hija —murmuré muy bajito.

—¡Ven conmigo, cariño! —exclamó incapaz de aguantar más—. ¿No vas a saludarme?



Catherine avanzó hacia él a grandes zancadas, a punto estuvo de caer, pero al fin se detuvo al pie de la escalera.

—Hola —dijo con voz alegre.

—Hola, pequeña —respondió con un temblor en la voz y una media sonrisa deslucida entre la tristeza y la esperanza—. Te estaba esperando. ¿Todo ha ido bien?

—Sí.

—Me alegro cariño. Quiero que pronto estés con nosotros. Tu madre te está esperando hace tiempo. Está muy triste, ¿lo sabías?

—No.

—Pues lo está. Muy, muy triste. Pensaba que nunca más te volvería a ver... Pero ya estás aquí y ella podrá sonreír de nuevo al estar contigo. ¿Quieres quedarte en casa, quedarte con nosotros?

La pequeña autómatita titubeó un momento, pero al fin dijo:

—Sí.

Louis me lanzó una mirada de incredulidad y alegría mientras abrazaba a la pequeña autómatita. Entrecerró los ojos y al abrirlos de nuevo advertí un brillo nuevo en su mirada. Parecía iluminado por la felicidad.

Alzando a mi hija la volteó en el aire un par de veces, haciéndola reír. Louis reía con ella y ya no me miraba. Parecía como si me hubiese olvidado. Durante un instante yo mismo creí no estar allí, me pareció que lo que estaba viendo no eran más que las imágenes del pasado del señor Neville.

Y a pesar de la felicidad que emanaba yo me sentía profundamente desdichado, aterido por un miedo que no alcanzaba a comprender del todo. Nunca antes había mentido de aquel modo, lo que me hacía sentir cruel y despiadado. Intenté dibujar una leve sonrisa en mi rostro embustero, pero no fui capaz de hacerlo.

—Un magnífico trabajo, ¡excelente! Debo recompensaros y no sé como hacerlo. Le juro que todo el dinero que poseo no podría pagar por la felicidad que usted me ha devuelto. Ha cumplido su encargo con creces, ¡celebrémoslo! Quiero que la vea mi esposa, por fin volverá a ser la misma de antes. ¡Elisabeth! —llamó, y añadió en tono cordial a su mayordomo— Puede decirle a la señora que baje al salón...



—¡Oh, no! ¡No debe hacer eso! —me apresuré a replicar terriblemente alarmado—. Aún no está terminada. ¡No puedo entregársela todavía!

—¿Cómo que no? ¡El resultado es espectacular!, de veras, es cuanto necesito... se lo garantizo. No pretendo adularle falsamente, mi buen Gasquet.

—Oh, lo sé. Pero verá, hay todavía asuntos que deben ser rematados. Asuntos de máxima importancia que pueden fallar. Y ninguno de los dos deseamos eso... ¿verdad?

—No, por supuesto que no —y su rostro se ensombreció levemente, como si un recuerdo le enturbiase la mirada—. Le daré el tiempo que necesite para completarlo satisfactoriamente.

Es lo que esperaba oír de modo que respiré aliviado en mi interior. Un deseo acuciante de marcharme se apoderó de mí, sin embargo, logré contenerme. Sólo una pequeña prueba más y pronto estaría libre del embrollo. A pesar de la inquietud adopté un semblante indiferente ante la inminente llegada de la señora.

El mayordomo fue el primero en llegar, tras de él apareció Elisabeth majestuosa como un cisne doliente mientras bajaba hasta el primer rellano de las escaleras. Era una mujer exquisitamente bella, más joven que Louis, de talle estrecho, figura esbelta, movimientos melancólicos y de aspecto frágil. Vestía un traje blanco de raso. Los ojos florecían en el rostro deslucidos por unas terribles y profundas ojeras.

—¿Qué ocurre Louis? ¿Para qué me llamas? —dijo con voz profunda y desgarrada.

—Cariño, tengo una sorpresa para ti —respondió sonriendo mientras cubría con su cuerpo a la pequeña autómata.

—No quiero sorpresas Louis, sólo quiero...

Entonces Elisabeth se percató de mi presencia y dio un respingo. Las palabras se deshicieron en su boca.

—¿Quién es ese hombre?

—Hippolyte Gasquet —se apresuró a aclarar Louis cordialmente.

—Y ¿Qué está haciendo aquí?

—Ha venido a devolvernos algo que nos es muy preciado. Algo que nos ha sido arrebatado hace poco.

La duda y el dolor hicieron acto de presencia en el rostro de la mujer.



—No sé a que te refieres...

—A nuestra hija, Elisabeth, a nuestra hija... ¿Qué si no podría ser...?

Louis se apartó para mostrar a la pequeña autómeta y el color abandonó las mejillas de la mujer. Por un momento pensé que perdería el conocimiento. Sin embargo, a pesar del desfallecimiento permaneció en pie, con las facciones congeladas y los ojos vacíos, abismados.

—¡Vé, pequeña! ¡Vé con tu madre!

—¿Qué significa esto Louis? —logró articular Elisabeth con un tono que fluctuaba entre el dolor, la esperanza y la sorpresa—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Es de verdad nuestra hija...?

Louis no respondió, se limitó a mirarla fijamente con ternura. Entretanto mi pequeña subía torpemente las escaleras para alcanzar el primer rellano, donde estaba la mujer.

—No puedo creerlo... —continuó diciendo con los ojos anegados de lágrimas.

La autómeta se detuvo frente a ella y alzó la cabecita dulcemente.

—¿Mamá?

—¡Oh! Dios mío... —estalló Elisabeth abrazándola sin contener el llanto—. No puede ser... No puede ser...

La escena era estremecedora, incluso yo tuve un súbito impulso de llorar. Louis lo hacía calladamente, con lágrimas resbalando lentamente por el rostro. Un gesto de paz lo embellecía.

—Pero... ¿Qué es esto? —masculló de pronto la mujer—. ¿Qué....? ¡Ésta no es nuestra hija!

Louis tardó en reaccionar, viéndole callado yo mismo traté de responderla, pero al fin habló a su mujer en un intento de explicárselo todo.

—No cariño, no lo es... Es... simplemente... una autómeta. Una muñeca. Pero igual que nuestra hija...

—¿Una muñeca? —la desesperación volvió a asomarse a sus ojos y añadió con amargura— ¡Una muñeca! Yo no quiero un juguete Louis... Quiero a mi hija. A mi verdadera hija...

Elisabeth soltó a la muñeca y la dejó en el suelo.



—¡No quiero muñecas! ¿Me entiendes? ¡No soy una niña! —añadió furiosa y fuera de sí— ¡Soy una mujer! ¡Soy una madre!

Y en su rabia, con sus aspavientos enloquecidos y desesperados Elisabeth golpeó a la autómatas desequilibrándola. Fue imposible impedir la caída. El cuerpo rodó escaleras abajo dolorosamente desmadejado.

—¡Hija mía! —gritamos Louis y yo a la vez.

Traté de acercarme desesperadamente a la autómatas pero Louis ya se encontraba junto a ella acariciándola como si fuera una persona.

—¡Apártese! —bramé desesperado— ¡No la toque!

—¡Pero que dice! ¿Ha perdido usted el juicio? Esta es mi hija... ¡Le pagué para que lo fuera!

—¡Pues no lo es!

—¡No dejaré que se la lleve!

—¡No podrá impedirlo! —grité totalmente fuera de mis casillas.

En un intento de arrebatársela de los brazos le arranqué la manga de la camisa.

—¡Está usted completamente loco!

—¡Oh, no! Eso sí que no... —respondí con sarcasmo—. ¡Usted es el único loco aquí! ¡Usted!

El mayordomo bajó las escaleras para tratar de ayudar a su señor pero le corté el paso y le propiné un puñetazo en la mandíbula.

—¡Dios mío! —chilló Elisabeth— ¡Que alguien nos ayude!

No parecía darse cuenta de que no había nadie más por allí.

—¡Entrégueme a mi hija! —amenacé.

—¡Jamás!

Forcejamos tratando de quedarnos con la muñeca. Viendo su resistencia y ciego de ira golpeé a Louis. No sé cuantas veces lo hice, dos, tres... quizá más. Recuerdo que su mujer me agarró del pelo, arrancó una mata de mi fino, lacio y por otra parte escaso cabello, pero no me dolió. Me deshice de ella y logré correr hasta la puerta. Antes de salir escuché la última y desesperada súplica de Louis.



—Por favor, no se lleve a mi hija...

Hubiera reído por su patética petición pero en vez de eso empecé a llorar descontroladamente. Como una fiera perseguida crucé el patio llevando en los brazos a mi hija. Salí a la calle y corrí sin rumbo hasta llegar a un parque. Allí empecé a desvestirla, a quitarle aquel estúpido traje. Me maldije por haber mezclado a Catherine en semejante farsa.

—¿Catherine? ¿Catherine?

La hablaba pero no me respondía. Al fin logré desprender la coraza de mecanismos y piezas. La suave carita de mi niña estaba al descubierto, los ojos abiertos, la boca retorcida. Tembloroso extraje su cabeza del autómata hueco, el cuello flojeó en mis manos. No quise entender la verdad terrible y dolorosa, pero la realidad bastaba.

—Mi hija estaba muerta.

© Javier Caballero

Javier Caballero (Madrid, 1977). Estudiante de arquitectura y aficionado desde muy pronto a escribir. Apasionado por la imaginería que destilan los grabados de Escher y Piranesi, las pinturas de Dalí o la fotografía de Man Ray, en la literatura se confiesa admirador de Borges, Dick, Tolkien y Lem. Publicó sus primeros poemas en la revista Letra Nueva y ahora comienza una nueva andadura en el terreno de la ficción colaborando en Alfa Eridiani y la venezolana Necronomicón.



TIEMPO MUERTO

por José Ángel Menéndez Lucas

He aquí otro relato de “época”. Se trata sobre una máquina del tiempo que más de una vez hemos deseado tener. ¿O no?

— **Y** de esta forma llegamos al punto clave, la omnipresente piedra de toque: el tiempo. El tiempo, señores, ese fantástico misterio... ¿Alguno de ustedes sabría definirme lo que es el tiempo?

El profesor Raveworth observó a su auditorio. Los estudiantes, en su mayoría en las primeras filas, se afanaban en tomar notas sobre su conferencia en tanto que los hombres de ciencia se dividían entre los que bostezaban y aquellos otros que mostraban gestos de un iracundo desacuerdo con la exposición.

—Por supuesto que no pueden. Porque a pesar de que el tiempo, como ya postulase el insigne pensador Immanuel Kant, forma parte intrínseca de nuestra percepción del mundo, es un auténtico desconocido para nosotros. Créanme, con el paso del tiempo, valga la ironía, seremos capaces de descubrir los secretos últimos de la materia, de la energía, convertiremos el barro en oro y seremos poderosos como los antiguos dioses de la mitología. Pero, caballeros, créanme también cuando les digo que el tiempo seguirá por siempre siendo una incógnita sin despejar. ¿Cómo podríamos llevarlo a un laboratorio? ¿Cómo poder controlar algo que ni tan siquiera sabemos qué es?

Hizo una pausa que aprovechó para tomar un breve sorbo de aquella agua inmunda que la universidad se obstinaba en servir en todos sus actos públicos. Las últimas filas del salón estaban empezando a despoblarse. El grupo de visitantes franceses abandonada en aquellos momentos la estancia sin preocuparse en disimular su desinterés por la conferencia. Raveworth sacó de su chaleco el reloj de bolsillo y abrió la tapa, alzándolo.

—Esto, estimados colegas, es lo único que podemos hacer con el tiempo: medirlo. Dar fe de su insultante avance, sin poder ni entender cómo sucede ni mucho menos cómo controlarlo o alterarlo.

Se fijó en la hora. Las doce y tres minutos. Oh, oh. Se suponía que la conferencia había terminado hacía tres minutos. Y no sólo eso. Se suponía que debía terminarla unos minutos antes para poder llegar a tiempo a la alameda del otro extremo de la ciudad.

—Y hablando de controlarlo. Mucho me temo que es él quien nos controla a nosotros. —El público no apreció su retruécano. Observó con resignación cómo



alguno de los estudiantes tomaba nota de él como si tuviese la misma importancia que el resto de la conferencia— Ahora, si me disculpan, hay deberes que reclaman mi atención inmediata. Que tengan ustedes un buen día.

Bajó del estrado y se dirigió con rapidez hacia la salida, evitando la habitual nube de estudiantes que buscaban congraciarse con su profesor.

—Profesor Raveworth... —el hombre que le reclamaba era uno de los pocos integrantes del grupo francés que se había quedado hasta el final.

—Lo lamento, monsieur. El tiempo, el tiempo, ese Cronos tirano. Venga usted a verme esta tarde a mi despacho y hablaremos de lo que desee.

Dejó al estupefacto caballero con la palabra en la boca y salió raudo y veloz hacia los servicios del ala. Aún llevaba su reloj en la mano, las doce y cuatro, rediós, iba a llegar maleducadamente tarde a la importante cita. Entró en el cuarto de aseo y se encerró en uno de los excusados. Pulsó uno de los botones del reloj y las manecillas se detuvieron. Y con ellas también se detuvo el tiempo.

Doce y cinco. Aceptable. Ahora disponía de todo el tiempo del mundo para llegar hasta la alameda. Abrió la puerta del excusado y atravesó los solitarios servicios. Salió al pasillo, donde docenas de personas paralizadas cumplían el ritual del cambio de clase de las doce. Zigzagueó entre las estatuas vivientes observando las caprichosas posturas que casi siempre permitía ver el tiempo congelado. Aquel tic en una cara, el lápiz a medio camino entre un bolsillo y el suelo, el rápido gesto de su dueño intentando atraparlo al vuelo.

Alcanzó la puerta del edificio y salió al cálido sol de mediodía. La primavera estaba casi agonizando ante el ímpetu del nuevo verano. Una bandada de pájaros detenida allá en lo alto iniciaba su peregrinaje hacia las tierras más frescas del sur. Un grupo de chiquillos correteaba por la orilla del cercano río, detenidas sus risas sin eco. Tomó rumbo Este y abandonó el campus en pos del mercado de abastos.

El mercado semejava una estampa obtenida con daguerrotipo, bulliciosa actividad congelada para que un entomólogo pudiese estudiarla con total precisión. Ah, esta parte era la que más le gustaba a Raveworth. En cierto modo le hacía sentirse como un dios, podía intervenir en el devenir de aquellos seres sin que notasen su mano en ello. Colocó un cajón delante del pie de un pilla que escapaba a la carrera con el botín en la mano, sacó algunas monedas de aquí y de allá y las depositó a los pies de aquellos mendicantes que parecían necesitarlo de verdad, sació su hambre con una hermosa manzana del mayor puesto de frutas y se llevó un ramo de rosas amarillas de la calle de las floristas.

Abandonó el mercado y cruzó el centro de la ciudad, raudo y veloz hacia su objetivo. Ayas con sus pequeños, parejas de enamorados con sus carabinas y



un buen número de integrantes de la flor y nata de la ciudad estiraban sus piernas dando un paseo por la alameda. Localizar a la señorita Smiletown no fue complicado. Cada viernes realizaba la misma ruta acompañada de la hosca dama de compañía que su familia le tenía asignada. Normalmente Raveworth saludaba a tan distinguidas damas junto al estanque de los peces color naranja pero en aquella ocasión ya habían superado ese punto de su paseo. Encontró sus pasos junto a la fuente del águila. La señorita Smiletown tenía un gesto de contrariedad mezclada con preocupación y su mirada parecía estar buscando algo a su alrededor. Raveworth se sorprendió al observar en la cara de la dama de compañía prácticamente la misma expresión que en la de su señora. Ah, cuánta información se obtenía cuando se podían observar los acontecimientos con el detenimiento que el paso normal del tiempo no permitía.

Se situó al otro extremo de la fuente, fuera del campo visual de las dos mujeres, puso en perfecto estado de revista su indumentaria, escondió a su espalda ramo y reloj y pulsó de nuevo el botón. El discurrir del tiempo volvió a reanudarse y todo regresó a la vida con el mismo contraste imperioso que le seguía sobrecogiéndolo después de tantas ocasiones. Avanzó hacia las damas con paso calmado y una sonrisa en la cara. Cuando la señorita Smiletown le vio su gesto cambió, su cara se llenó de luz como un hermoso paisaje bañado por aquel magnífico sol de primavera.

—Buenos días tengan mis dos damas favoritas —saludó haciendo una leve inclinación de cabeza.

Las dos mujeres correspondieron con una leve reverencia. La señorita Smiletown cerró su sombrilla y le dedicó un medido reproche.

—Creía que nos había abandonado, profesor Raveworth.

—Antes se secarán los mares que dejaré yo de disfrutar de su magnífica compañía. Veamos si puedo complacerla. ¿Qué delicada flor desea hoy para acompañar su sinpar belleza, señorita Smiletown?

La interpelada sonrió, juguetona. Raveworth le devolvió la sonrisa. Podía imaginarse la mente de aquella muchacha paladeando algún tipo de maquiavélico truco para poder por fin atraparle en un renuncio.

—Rosas amarillas, profesor.

Raveworth retiró de su espalda el ramo de rosas. La joven emitió una risita de victoria, dulce como el trinar de un ruiseñor.

—Le he ganado, profesor. Sabía que usted traería rosas amarillas pero en realidad hoy me apetecían violetas.

Raveworth sonrió con más energía y guiñó un ojo a la joven. Su dama de compañía saltó inmediatamente al quite ante aquel desmesurado acto de con-



fianza que se acababa de tomar el profesor, adelantándose hasta casi interponerse entre ellos dos.

—Sabía que no deseaba las rosas; son para su adorable dama de compañía.

La mujer, descolocada, aceptó las rosas con una reverencia y la mirada turbada. Un mohín apareció en la cara de su señora ante la inesperada salida y la afrenta de haberse quedado sin las flores.

Raveworth volvió a pulsar el botón de su reloj. Violetas, violetas. No rosas amarillas. Pero nada estaba aún perdido. Marcó con los pies el lugar donde había estado situado, memorizó su postura y salió de nuevo hacia el mercado. No obstante no necesitó llegar hasta allí. No muy lejos de donde estaban encontró a una pareja paseando de la mano bajo la atenta vigilancia de un adefesio de carabina. La muchacha llevaba en su mano un precioso ramo de violetas imperiales que Raveworth se apresuró a tomar prestado. De vuelta junto a sus damas, recuperar la postura con el ramo en la mano que aún mantenía oculta a su espalda y... tiempo dentro de nuevo.

—Para usted me había permitido el atrevimiento de traerle este ramo.

Sacó el ramo de violetas y la felicidad regresó al rostro de su amada, junto a la habitual sorpresa y admiración.

—Muchas gracias, profesor —aceptó el ramo y rozó la mejilla de Raveworth con sus labios.

Su dama de compañía carraspeó sin demasiado entusiasmo.

—Algún día tiene que explicarme cómo consigue acertar siempre, profesor. Me tiene realmente intrigada.

—En el mismo momento que me permita pedir su mano, adorable criatura del cielo.

El pestañeo coqueto de la joven fue acompañado por el bufido de su dama de compañía ante tamaña osadía del profesor.

—¿Me permiten gozar de su compañía mientras paseamos por estos idílicos parajes?

La pregunta iba más dirigida a la dama de compañía, férreo guardián del honor de su protegida. Raveworth descubrió en su mirada un pequeño destello de algo que creyó reconocer como celos, sensación que quedó reforzada por la forma en que la hosca mujer acercó el ramo de rosas a su cuerpo.

—Por supuesto, señor Raveworth —consintió finalmente—. Pero procuré moderar esa lengua suya o tendré que invitarle a que nos deje.

Raveworth hizo una reverencia y los tres iniciaron el paseo por la alameda.



Ding, ding, ding, ding, ding. El primero de los relojes de su despacho anunció las cinco de la tarde. Le siguieron toda una cohorte de réplicas culminada por el sonido de las campanadas del reloj de la universidad. No se habían apagado aún sus ecos cuando alguien llamó a la puerta de su despacho.

Sin esperar respuesta, la puerta se abrió y en el marco apareció el hombre que había intentado hablar con él al finalizar su conferencia de la mañana. Raveworth le hizo entrar y le invitó a sentarse. El hombre se identificó como Jean Marie Besson, integrante del grupo de hombres de ciencia de la universidad de la Sorbona que estaban visitando la universidad de Raveworth. Su especialidad, al igual que la del profesor, era la física y ambos compartían la misma pasión por todo lo relacionado con los relojes. Hablaron animadamente durante horas de sus trabajos, sus estudios, las piezas de sus colecciones, hasta que finalmente el francés quiso ver el reloj de bolsillo del profesor.

—Una pieza magnífica —comentó sacándolo del bolsillo de su chaleco—. Es la obra maestra de mi difunto abuelo, Dios le haya acogido en su seno.

Besson observó con detenimiento la pieza y asintió.

—Es exactamente tal y como me lo habían descrito.

—¿Perdón? —preguntó sorprendido Raveworth.

—Oh, sí, perdone. Cuando esta mañana lo mostró en su conferencia el corazón me dio un vuelco. Mi padre me había hablado muchas veces de esta pieza, que creía perdida para siempre, y mi sorpresa fue mayúscula cuando le vi sacarlo de su chaleco. ¿Su abuelo fue, por un casual, el insigne relojero Martín Delacroix?

Raveworth asintió, alerta.

—Mi padre fue ayudante de su abuelo en París durante algún tiempo —continuó el francés—. Juntos crearon varios de los mejores relojes de este continente y posiblemente del mundo. Esa que tiene usted en su mano fue su mejor creación, un reloj tan perfecto que llegaron a decir de él que compartía engranajes con la propia estructura del tiempo.

—Exagerado halago, me temo —respondió nervioso el profesor—. No es la primera vez que se retrasa y debo llevarlo a ajustar —mintió.

—Oh, lo lleva a ajustar... ¿Entonces no continuó usted con el noble oficio de su abuelo, ni tan siquiera como hobby?

—Me temo que no soy más que un buen coleccionista y un teórico —reconoció francamente Raveworth—. No osaría manipular el mecanismo de ningún reloj, mucho menos el de uno con tanto valor sentimental para mí co-



mo este. Tenté esa afición en su momento e invariablemente conseguí estropear todos los relojes que toqueteé.

—Yo, sin embargo, sí continué la tradición de mi padre. No he llegado ni mucho menos a la altura de su maestría, de la que ese reloj es buena muestra, pero se me considera uno de los mejores expertos de Francia.

Un silencio incómodo se instaló entre los dos hombres, roto únicamente por la miriada de tic-tacs provenientes de los relojes de la habitación.

—¿Le importaría si tomo prestado su reloj para estudiarlo? —inquirió finalmente Besson—. Mi padre me habló maravillas de su mecanismo y lo que más deseo en el mundo es poder examinarlo con detenimiento.

—Me temo que no va a ser posible, monsieur. Ya le he dicho que posee un gran valor sentimental para mí.

—Ese reloj pertenecía a mi padre, profesor Raveworth. Es el trabajo de toda su vida. Su muy insigne abuelo robó, sí, no ponga esa cara, robó el trabajo de mi padre y yo exijo su inmediata restitución en su nombre.

—Está usted loco, monsieur. Le ruego abandoné mi despacho ahora mismo.

Besson se levantó, clavó su mirada fría y resuelta en Raveworth y sin previo aviso se abalanzó sobre él para intentar arrebatarse el reloj.

El profesor pulsó el botón de su reloj, pero demasiado tarde. El francés había conseguido sujetar la cadena y ambos acababan de salir del discurrir normal del tiempo. Raveworth encajó un puñetazo de Besson y le devolvió un cabezazo como respuesta. Cayeron del sillón y se enzarzaron a rodar por el suelo, sin soltar ninguno de ellos el preciado reloj. Derribaron sillas, chocaron con la mesa del despacho y se propinaron mil y un golpes. El francés consiguió situar a Raveworth bocabajo en el suelo, inmovilizándole parcialmente. El profesor aferró con más fuerza el reloj. Besson tiró de sus dedos intentando romperse los y consiguió hacerse con el reloj mientras el profesor se agarraba desesperadamente a la cadena del mismo. Si la soltaba quedaría paralizado como el resto del mundo y Besson podría desaparecer para siempre con su reloj. Consiguió revolverse y soltarse de la presa de su oponente. Aprovechó el instante para propinar un fuerte puñetazo en la mandíbula del francés con la mano libre mientras con la otra tiraba de la cadena del reloj para conseguir quitárselo en cuanto aflojase la mano. Y dicho y hecho, Besson aflojó levemente su presa y el tirón del profesor arrancó el preciado objeto de su mano, que fue a estrellarse contra la pata de la mesa.

Besson quedó paralizado en una rocambolesca postura de caída hacia atrás, con una mirada de terror insondable en su rostro. Raveworth respiró aliviado y se limpió la sangre del labio que le había partido el primer puñetazo del condenado francés. Devolvió el reloj al bolsillo de su chaleco y sin pensárselo



dos veces tumbó al hombre al suelo y le arrastró fuera de su despacho, escaleras arriba, hasta la terraza del quinto piso del edificio. Lo colocó fuera de la barandilla, sobre la vertical de las afiladas verjas que se veían en el suelo, y lo dejó allí flotando. En cuanto regresase a su despacho reanudaría el tiempo y Besson dejaría de ser un problema.

Bajó las escaleras, entró en su despacho y recompuso el desorden. Nadie había podido escuchar la pelea y se le ocurrió que podía elaborar una sencilla y rápida coartada para el caso de que Besson le hubiese dicho a alguien que venía a verle. Reactivaría el tiempo mientras salía de su despacho, así la gente que había en el pasillo le podría situar allí en el momento del desgraciado accidente de la terraza y quedaría fuera de toda sospecha.

Compuso su traje, se arregló el pelo y abrió la puerta del despacho. Pulsó el botón del reloj y... nada.

Volvió a pulsarlo.

Nada de nuevo.

Horrorizado, una punzada de pánico le llevó a entender la mirada de terror de Besson. Corrió a la mesa de su despacho, desatornilló la parte posterior del reloj y ante él apareció el destrozado mecanismo que compartía engranajes con la propia estructura del ahora para siempre detenido tiempo.

© José Ángel Menéndez Lucas

José Ángel Menéndez Lucas nació en Madrid hace 28 años y ejerce actualmente como contador, traductor y escritor semi-profesional. Entre sus pasiones cultiva la programación de ordenadores, la numismática y el coleccionismo de relojes. Siente una especial debilidad por la ciencia ficción y la fantasía no dragonera, contándose entre sus autores predilectos nombres como P. K. Dick, Stanislaw Lem, Connie Willis o Neal Stephenson.



Golwen Revista Literaria

Cuentos de todos los Géneros. Artículos. Reseñas.

<http://webs.sinectis.com.ar/mcagliani/golwen.htm>

Suscripción: golwen-alta@elistas.net



1616

por Miguel Ángel López Muñoz

No podemos asegurar que 1616 sea un relato de ciencia ficción, tal y como lo concebiríamos en la actualidad. Pero sí lo es, aunque con elementos modernos, desde el punto de vista de la ciencia ficción clásica (¿gótica? ¿antigua?). Una empresa imposible llevada a cabo por gente que no conoce esa palabra, como un barco que navega debajo de las aguas, o un hombre invisible. Y no, no transcurre en el año 1616.

Hay veces en que es bueno mirar atrás. El tiempo pasa, te haces mayor y aprendes de sucesos que cuando ocurrieron eras demasiado inexperto para poder asimilar en su totalidad. Uno de ellos es el éxito. Tal vez me llegó antes de mi hora, aunque también, a riesgo de parecer poco modesto, he de añadir que me lo merecía. Era un prometedor estudiante de arquitectura que tuvo un gran éxito con su proyecto fin de carrera, un hospital en la periferia de la ciudad en la que nació. Casi no podía creérmelo. Todas las revistas del momento alababan mi intervención en el paisaje urbano, la calificaban de delicada, respetuosa, digna heredera de las obras de los grandes de principios de siglo. En los círculos internos sonaba mi nombre con firmeza; Rem Lenn, proyecto de futuro, Rem Lenn, potencial renovador. Me sentía como en un paraíso, no obstante estaba muerto de miedo. Pensaba que la próxima vez no estaría a la altura, que todo fue fruto de inspiración pasajera. Mi siguiente proyecto tardó varios años en materializarse. Se trataba de una vivienda particular ubicada en el campo. Mi gran ocasión de demostrar mi talento. Fracasé. Los motivos, los desconozco. Supongo que se unieron varios factores: la presión del mundillo, los nervios, la inexperiencia, la inseguridad en mí mismo, el tener que desplazarme lejos de mi hogar y tal vez, sólo tal vez, una pizca de mala suerte. El caso es que los mismos medios que me ensalzaron no dudaron ni un instante en lanzarse a por mis despojos. Me di cuenta de la tremenda crueldad e hipocresía que rodeaba al mundo en el que me había metido, un mundo en que muchos pies estaban dispuestos a ponerme la zancadilla y boicotear mi escasa carrera profesional, casi antes de que ésta empezara. Desde entonces, siempre que un cantante o cineasta vende cifras millonarias con su primer trabajo y defrauda con el segundo, no hago críticas apresuradas, me limito a dejar que el tiempo les coloque en el sitio que se merecen, el de seres humanos falibles, con derecho a errar.

Fue en estas circunstancias poco deseables cuando conocí a Naia Turm. Aún recuerdo en mis primeros años de universidad cuando veía diapositivas de sus edificios la admiración que sentía por su trabajo. Fue por eso que me sorprendió su llamada. De hecho ya me sorprendió simplemente el hecho de que hubiera oído hablar de mí. Su timbre de voz era rítmico, tranquilo, el de una mujer con espíritu diplomático.



—¿Podría hablar con Rem Lenn?

—Soy yo —respondí.

—Verás —contó con calma— mi nombre es Naia Turm y soy arquitecta. He oído hablar de ti y estoy muy interesada por tu trabajo. Me gustaría que trabajaras conmigo, a no ser que tengas algún proyecto entre manos, claro.

No sólo no tenía ningún proyecto sino que temía que no volvería a tenerlo jamás. Estaba embargado por la emoción, pero me contuve y respondí pausadamente.

—De acuerdo.

—Creo que antes de aceptar deberíamos hablar de las condiciones de trabajo —dijo.

Estaba tan nervioso que ni había pensado en eso.

—Mañana inauguro un edificio en el casco antiguo de la ciudad. Podríamos hablar tras la inauguración, si te viene bien. Estás invitado a asistir.

—De acuerdo —repetí medio alelado.

—Bien. Te espero a las puertas del museo de historia a las doce en punto. No llegues tarde, no podré esperarte mucho tiempo. Hasta mañana.

Colgué atontado, confuso aún. Estaba preocupado, no sabía lo que me iba a esperar. Naia Turm podía ser una gran profesional, pero para ella tal vez yo sólo era un monigote al cual fichar con un contrato basura y despedir a la primera de cambio. A lo mejor ni se presentaba a la cita, una excentricidad propia de artistas ricachones que miran a los demás como hormigas, con la potestad de aplastarlos y machacarlos dónde y cuándo consideran oportuno. A lo mejor eso me iba a hacer. A lo mejor se iba a comportar de dicha manera.

No fue así.

Antes de nada he de aclarar que Naia es una de las personas más interesantes que he conocido jamás. Tiene en su haber el título de arquitecta, ingeniera de caminos, canales y puertos y la licenciatura de bellas artes. Sabe hablar español, francés, inglés, alemán y chino, los cuales domina a la perfección. Sus proyectos recorren el mundo entero, desde un aeropuerto en Tokio pasando al conservatorio de París, el parlamento del gobierno Belga, la remodelación del metro de Atlanta, el ensanche de Berlín o el complejo universitario de Brasilia, gracias al cual fue ganadora en 1995 del premio Pritzker de arquitectura, el galardón de más alta categoría en mi profesión. Sin embargo, personalmente el logro que más admiro de su vida es su capacidad para hacerse un hueco importante en un entorno de carácter tan conservador y machista, sirviendo de palanca que logrará abrir el camino, o por lo menos lo ensanchará,



para una igualdad profesional entre ambos sexos. Por desgracia Naia ha sido siempre una persona con una pobre capacidad de relación interpersonal. Eso es algo que noté desde la primera vez que la vi aquella mañana frente al museo de historia. Pensaba encontrarme una mujer importante, dura y frenética, rodeada de guardaespaldas y en vez de eso vi una figura joven, mucho más joven de lo que hubiera imaginado, sentada en un banco y completamente ausente. Me acerqué a ella con decisión pero ni se inmutó cuando me paré frente al banco. No sabía si me había visto, dado que llevaba gafas oscuras. Lo que yo no sabía entonces es que las llevaba porque el sol del mediodía dañaba sus ojos. A lo largo de su vida había pasado tantas noches en vela trabajando que sus ojos se habían vuelto hipersensibles.

—Disculpe, ¿es usted Naia Turm? —dije conociendo a la perfección la respuesta.

No se inmutó.

—Perdón, ¿es usted...?

Giró la cabeza violentamente.

—¡Oh, perdona, estaba distraída! Soy Naia Turm. Eres Rem Lenn, ¿no?

—Así es —respondí aún sin acostumbrarme a que una persona a la que acababa de conocer me tuteara con total confianza.

—No tenemos tiempo de hablar ahora. Vamos a la inauguración. Te he cogido un asiento junto a mí, en primera fila.

Naia se levantó del banco y se metió por una pequeña callejuela situada en uno de los extremos del museo. La seguí hasta que un par de guardias nos cortaron el paso. Naia me hizo entrar como su acompañante, a lo cual no pusieron ninguna traba, así que pasé sin más. Un revuelo de flashes fotográficos nos envolvió por todas partes; me cegaban sin cesar, sin embargo a Naia, dado que llevaba sus gafas oscuras, no le afectaban en lo más mínimo. Me indicó nuestros sitios, no muy difíciles de deducir ya que eran los únicos libres en primera fila, y me hizo un ademán para que fuera hacia ellos. Ella, a su vez, se dirigió hacia la palestra, donde le esperaba un alto cargo del gobierno, o eso suponía, ya que su cara no me sonaba. Tras pronunciar unas cuantas palabras cuidadosamente enhebradas para obtener más votos de cara a unas próximas elecciones, cedió turno de palabra a Naia, que habló, en líneas generales, del edificio, una biblioteca para uso público principalmente centrada en historia universal. El edificio se encontraba justo detrás de ella y era de una belleza impresionante, difícil de explicar. El paso de los años reafirmó no sólo su belleza sino también su gran utilidad, convirtiéndose en la biblioteca más frecuentada de la ciudad, no sólo por estudiantes de historia sino también de otras carreras. Por otro lado me resultaba llamativa la manera de expresarse de la ponente al dar la conferencia más para sí misma que para los demás, como si estuviera sola



en una gran habitación vacía, reforzando mi primera impresión de genio introvertido. Al término de su intervención, se sentó junto a mí. Los allí presentes tuvieron que soportar un improvisado mitin político del representante gubernamental que duró más o menos una hora. Hubo un momento en que me di la vuelta y me pareció ver un enorme objeto en una plaza cercana. Entonces no sabía precisar bien de qué se trataba; era redondo y liso, parecía un globo, pero no le di más importancia.

Acabado el acto salimos de allí como pudimos y volvimos a las puertas del museo. Por fin llegaba el momento para hablar de trabajo. Me disponía a tomar la iniciativa cuando vi apesadumbrado que un anciano se dirigía hacia Naia. Iba muy bien vestido, con un elegante y caro traje, gabardina y un bastón de empuñadura de acero que parecía no necesitar. Su piel era bastante pálida, parecía extranjero.

—La señorita Turm, si no me equivoco —dijo dirigiéndose a Naia—. Permítame presentarme. Soy el Barón Henrik Eisen y he venido de muy lejos para hablar con usted. Si tiene un momento me encantaría hablar con usted a solas —matizó.

—Si quiere hablar conmigo él viene. Es mi ayudante, Rem Lenn —dijo Naia para mi sorpresa. Estreché la mano del Barón con cierto desprecio.

—Si no les importa vayamos hacia la plaza principal. Tengo mi coche aparcado en doble fila, creo.

El comentario sonaba irónico, sin duda, pero no comprendí la magnitud de la ironía hasta que vi aquel gigantesco zeppelin amarrado con cuatro cables hábilmente asidos a cuatro mesas de la plaza. Era una imagen surrealista, de las que sólo resultan verosímiles en un sueño o pesadilla. Salvamos el vacío entre la nave y el suelo con ayuda de una escala y nos colamos en sus entrañas. Todo lo que tenía de monstruoso por fuera lo tenía de acogedor y hospitalario por dentro. Tenía una decoración sencilla, alejada de esas mansiones llenas de cuadros carísimos y figuritas de porcelana propias de los millonarios ostentosos sin ningún criterio hacia el arte. Llegamos a una habitación, próxima a la cabina, que funcionaba, indudablemente, de despacho privado. Nos sentamos y esperamos a oír a nuestro peculiar anfitrión.

—Antes de nada me gustaría felicitarle por su nuevo edificio —dijo mirando a Naia.

—Gracias, pero sólo hago mi trabajo y en cualquier caso todos los profesionales que han ayudado a construirlo se merecen también una felicitación, pues sin ellos no hubiera sido posible.

—¿Fue usted uno de ellos, señor Lenn? —preguntó.

—No, yo no...



—Rem no ha colaborado conmigo en este proyecto —dijo Naia diplomáticamente.

—El caso es que su nombre me suena. ¿Podría ser usted el creador de aquel hospital tan en boca de todos?

—Yo soy —dijo lamentado. Todo el mundo me conocía por mi primer gran proyecto, pero del segundo nadie decía nada, a pesar de haber puesto tanto esfuerzo en él como en el anterior.

—Era un proyecto muy interesante —continuó— Lo seguí con mucha atención. Pero mis intenciones ahora son otras, no quiero simplemente discutir con ustedes de arquitectura o nuevos estilos.

—Le escuchamos —dijo Naia.

—Quería hablar con usted en calidad de cliente. Considero que es una de los mejores arquitectos del momento, si no la mejor, y deseo contratarla para un edificio que tenía en mente hacía tiempo, concretamente desde que era un niño.

—¿Desde que era un niño? —intervine.

—Así es, señor Lenn. Fue entonces cuando leí el cuento de la Torre de Babel y me atrapó la imagen de una torre que iba a llegar hasta el cielo.

—Entonces quiere que construya una torre para usted. ¿Pero de qué altura y con qué función?

—Es ahí donde me pongo en manos de su talento. Puedo asegurarle, señorita Turm, que dispongo de una inmensa fortuna, tan inmensa que puede hacerse a la idea de que dispone de un presupuesto ilimitado. Pero a cambio pido la máxima eficiencia; quiero que la construya todo lo alto que pueda, todo lo alta que pueda soñar. La función, en este caso, la quiero supeditada a la forma. Me da igual que no sirva para nada si con eso ganamos metros. Piense en ella como un impresionante monumento.

—Eso que me pide es una idea extremista, la clase de idea que se pide a estudiantes de la carrera y que otros arquitectos, como Frank Lloyd Wright con su torre de una milla de altura, sólo han intentado en el apartado teórico.

—Razón de más para que acabe con esa barrera que sus predecesores no se atrevieron a romper.

—¿Cuál es el lugar de emplazamiento? —pregunté sintiendo una gran curiosidad— ¿Podemos escogerlo también?



—He escogido una zona del mundo que me parece apropiada para la idea — sacó un mapa en lo que seguía hablando— ¿Alguno de ustedes ha viajado alguna vez a China?

—No —dije.

—Yo tampoco —contestó Naia— pero conozco el idioma.

—El lugar que había considerado les sonará, se trata del gran desierto frío del noreste de China conocido como el desierto de Gobi.

—¿Tiene permiso de China para intervenir? —inquirió Naia.

—En efecto, el país no se opone a algo como esto, que podría atraer potenciales turistas al desierto, una zona del todo inútil. ¿Qué me dice? ¿Acepta?

—Necesito pensarlo, deme unos días para considerarlo.

—De acuerdo —dijo el Barón Eisen— La llamaré a su estudio.

Bajamos del zeppelin con un criado, el cual soltó los cables, como si fueran anclas, subió a la escala y la recogió. La nave no tardó en perderse. Su destino, lo ignorábamos.

—Antes de decidirme —comenzó Naia pensativa— quiero saber más acerca del desierto de Gobi y de cuánto tiempo puede ocuparme esta tarea, pero creo que aceptaré. Sin embargo necesitaré un arquitecto que me ayude con sus ideas, con sus propuestas, con su capacidad de supervisión y mando en una obra.

—Pero creo que usted ya tendrá sus ayudantes... —objeté turbado.

—Tenía ganas de poder contar contigo, pero ahora, ante este trabajo, más aún que antes. Sé que será duro y difícil, pero creo que merecerá la pena. ¿Qué me dices?

Todo aquello parecía un extraño guión de película, demasiado irreal para ser cierto. Pero lo era. Y no podía desaprovecharlo.

—De acuerdo —dije una vez más.

He oído decir muchas veces que la ciudad puede ser terrible si se está solo. Me consta que quienes han dicho eso nunca han vivido en un desierto. No han llegado a conocer qué es realmente una cárcel sin barrotes. Ésa es la primera impresión que me asalta cada vez que pienso en el desierto de Gobi. Una cárcel sin barrotes. Una gran meseta arenosa y pedregosa.



sa en la cual parecía imposible asentar vida. Pero nosotros íbamos a desafiar lo imposible. Íbamos a construir una torre donde no había nada. Una torre de 1616 plantas; lo máximo que Naia podía elevar su talento en vertical.

Lo primero que se hizo fue transportar en avión vehículos todoterreno y módulos en los cuales poder vivir Naia, yo y todos los obreros necesarios para construir la torre, miles. Una vez hecho comenzó la llegada de los obreros, traídos de Europa expresamente para el proyecto. Los materiales eran llevados por el tren, que pasaba por una red férrea que comunica la red china con el transiberiano; los todoterreno se encargaban de traerlos luego a la obra. Por último conseguíamos la comida gracias a las caravanas de mongoles nómadas que pasaban de vez en cuando y para los cuales habíamos caído del cielo, pues cada vez encontraban menos gente con la que comerciar.

Las condiciones de vida eran buenas, pero todo el mundo echaba de menos su hogar y a sus seres queridos. Al atardecer se suspendían los trabajos, momento que aprovechaba para hacer lo único que me entretenía en aquel lugar y me hacía sentir libre. Al atardecer soltaba mi cometa y la veía volar con calma, lenta pero segura. Naia, por su parte, se metía en su módulo y seguía trabajando. No vivía para otra cosa.

El tiempo pasaba con extrema lentitud, como un mantra. Todos los días eran iguales, rutinarios y asfixiantes, pero por fortuna, por lento que se nos hiciera, el tiempo no era eterno y poco a poco la torre ganaba pisos. Cien, doscientos, trescientos... poco a poco.

Un desgraciado incidente rompió un día nuestra rutina. Habíamos alcanzado la planta 437 cuando una racha de viento arrojó a un trabajador al vacío. Estaba a la altura de la planta 381, y no hubo un solo compañero que se encontrara en alguna planta inferior que no oyera su grito angustioso al saber que iba a morir. Ver el cadáver fue horrible; costaba creer que aquello fue un ser humano. Naia suspendió inmediatamente todo trabajo hasta nueva orden, pero a la mañana siguiente apareció en el cielo un zeppelin que ya conocíamos. Llegó a la obra ceremonioso y de él desembarcó el Barón Eisen, elegante como siempre, moviendo el inútil bastón con golpes rítmicos, buscando a Naia impaciente entre la multitud desmoralizada.

—He venido en cuanto he podido —dijo al encontrarla.

—No hacía falta que viniera, Barón Eisen. Todo está bien —respondió Naia.

—Yo no lo creo así. No veo que estos hombres trabajen. Si llevan sin trabajar desde el accidente hemos perdido ya un día entero.

—Necesitan un descanso moral. No ha sido fácil. Ha muerto una persona y ahora en las cabezas de todos está presente la idea de que esa persona podría haber sido cualquiera de ellos.



—Todos necesitamos reponernos —añadí.

Eisen no dijo nada. Se limitó a coger un megáfono y dirigirse a los obreros. Fue entonces cuando averiguamos lo despótico que podía llegar a ser.

—¡Escuchadme todos! La muerte de ese hombre ha sido trágica, pero ya hemos perdido mucho tiempo. Tenemos que continuar construyendo la torre. Nuestras vidas, nuestras miserias, son nimias de cara a esta gran visión que estamos levantando, así que es hora de continuar. Y para aquellos que seáis pobres de espíritu y no os hayan llegado estas palabras, pensad en la idea práctica de que cuanto antes terminemos antes volveremos a casa.

Naia se acercó decidida a Eisen y le apartó el megáfono de la boca. Estaba realmente irritada.

—Escuche, Barón, tal vez usted moriría o mataría por ésta, su gran visión, pero no puede obligar a los demás a que monten en su mismo tren. Son seres humanos, y tienen un límite.

—No me haga reír, señorita Turm —dijo desafiante—. ¿Desde cuándo a usted, que ha sido aleccionada para manejarles como muñecos de cuerda, le importa en lo más mínimo sus sentimientos? Ésta es su gran visión también, el proyecto de su vida. ¿Pretende hacerme creer que usted no mataría o moriría también por verlo finalizado?

Naia no respondió, pero aunque nadie podía ver sus ojos, nadie dudaba que la cólera se reflejaba en ellos.

—A partir de ahora me quedaré con ustedes —dijo— No interferiré en su trabajo, simplemente me aseguraré que no se repitan retrasos como éste.

Dicho esto volvió hacia el zepelín, el que fue su hogar en adelante. Naia se fue también a su módulo y no salió de allí en todo el día. En cuanto a los trabajadores, estaban tan asustados del Barón que se pusieron a trabajar con energía, lo cual no me extrañaba. Yo mismo lo estaba también.

Aquel fue un gran choque de caracteres entre Naia y Eisen, y temía que presenciaría muchos más en días, semanas y meses posteriores. Sin embargo me equivoqué al suponerlo así. Como prometió, Eisen no intervino en el trabajo de Naia a nivel técnico ni artístico, sólo para controlar el ritmo de trabajo. Pero Naia no necesitaba a nadie que la vigilara. Era una profesional eficiente que sacaba lo mejor de todo aquel que estuviera bajo su supervisión. Por otro lado Eisen sería un tirano déspota y sin entrañas, pero era un buen cliente. Sin sentimientos, pero un buen cliente.

Las cosas no cambiaron sustancialmente. Todos los atardeceres, siempre que el trabajo me lo permitía, seguía volando mi cometa y pensando qué esta-



rían haciendo mi familia y mis amigos allí en mi ciudad. Pero de algún modo sabía que algo iba a ocurrir. Y ocurrió un día.

El día de la rueda de prensa.

Fue celebrada por Eisen con motivo de la construcción de las mil primeras plantas de la torre. Hasta el desierto de Gobi se acercaron corresponsales de los medios de comunicación más importantes del mundo. La rueda de prensa se celebró en la base de la torre, acondicionada por Naia pensando en eventos similares. Los medios inundaban de preguntas a Naia y Eisen, pero a mi no, por fortuna. Eran sobre todo referentes a la fecha de inauguración y las dificultades de la obra, pero no surgía la pregunta. Hasta que un periodista joven se atrevió a formularla:

—¿Cuáles son sus planes para la torre? —dijo dirigiéndose a Eisen.

Éste sonrió. Naia y yo, situados a sus lados, le miramos, y no hubo un solo presente en la sala que no hiciera lo mismo.

—Destruirla el mismo día de la inauguración —respondió al fin.

Nadie dijo nada. Todos creímos entenderle mal.

—¿Puede repetirlo, por favor?

—Lo que ha oído, destruirla —reiteró.

—Pero, ¿por qué? —preguntó otro periodista.

—¿Conoce la historia de la Torre de Babel? Dios impidió su construcción para demostrar su superioridad frente al hombre. Pretendo demostrar que en esta sociedad moderna, quien tiene el dinero tiene el poder, y quien tiene el poder es como Dios. Éste es un acto caótico, pero tiene sentido hacerlo si demuestro que nadie puede detenerme, que nadie me puede impedir que destruya la torre más alta del mundo sólo por el puro placer de hacerlo.

La sala al completo enmudeció. Pasaron diez segundos hasta que Naia y yo asimilamos lo que acabábamos de oír y decidiéramos levantarnos y abandonar la sala casi al unísono. Antes de abandonar la sala pudimos escuchar a Eisen decir:

—Si no tienen más preguntas, caballeros...



— ¡No puede hacer eso! —replicaba Naia una y otra vez en el despacho del zepelín de Eisen— ¡No puede destruirla!

—Claro que puedo, señorita Turm, y del mismo modo en que se lo he dicho al mundo hace unas horas, se lo digo ahora a usted.

—¿Qué hay de su gran visión, Barón? —pregunté.

—Ésta es mi gran visión. Sólo imaginen caer un coloso como éste. Será algo inolvidable, algo por lo que seremos recordados.

—Yo no quiero participar en esto, y no le quepa duda de que Rem tampoco quiere —dijo Naia— De hecho, ningún trabajador quiere.

—Esos trabajadores necesitan el dinero —argumentó— Puede más su instinto de supervivencia que sus principios. En cuanto a ustedes, no olviden que tenemos un contrato. Si se van tienen que indemnizarme, pero lo peor no será eso, lo peor será que estarán matando su trayectoria arquitectónica, o lo que queda de ella —dijo mirándome con altivez—. Ustedes deciden.

—Sabe bien que no me puedo ir, que no tengo elección —dijo Naia— Pero si me quedo me convertiré en uno más de sus instrumentos y eso es algo que no voy a permitir, ¿me oye? Le demostraré que no puede derribar la torre más alta del mundo.

—Usted no puede hacer nada. Soy el dueño legal de esta torre y tengo todo el derecho del mundo a hacer con ella lo que me plazca.

—Ya lo veremos —añadió Naia furiosa.

—¿Y qué hay de usted, señor Lenn? ¿Qué va a hacer?

—Sus ideas me dan asco, pero Naia es la única persona que me dio una oportunidad cuando todos me pisoteaban y no voy a abandonarla ahora —respondí.

—Muy noble de su parte —añadió— Los motivos por los que se queda no me importan, el caso es que me alegra saber que no perderemos a un arquitecto tan eficiente como usted en esta empresa. Hubiera sido una pena. Ahora, si me disculpan, tengo cosas que hacer, como contratar personal de seguridad para vigilar la torre. Lo que he dicho hoy ha causado gran impacto a escala internacional, y ya saben —dijo con tono malévolo— hay mucho loco suelto.



La obra prosiguió como si nada hubiera sacudido nuestras mentes, como si el mundo no tuviera sus ojos clavados en nosotros. Naia se empezó a cerrar en sí misma, casi no hablaba con nadie, trabajaba prácticamente sin descanso, cada vez tenía peor aspecto. Creo que en algún momento llegó a estar realmente enferma y ni siquiera lo supo o le importó. Pero lo más preocupante fue que comenzó a ausentarse largos periodos de la obra, dejándome al mando. Decía que tenía que irse a revisar el material a los almacenes, en la zona oeste de China; sin embargo sabía que era mentira. Tal vez Eisen se lo tragara pero yo no. Estaba metiéndose en algo feo, algo que me preocupaba. A todas horas me venían a la memoria las palabras de Eisen: ¿usted no mataría o moriría también por verlo finalizado?, y las de la propia Naia refiriéndose al derecho de Eisen a derribar la torre: ya lo veremos. Admito que alguna vez pensé que si Eisen moría la torre podría no ser derribada, pero me aterraba que Naia estuviera planteándose seriamente esa posibilidad.

A pesar de las ausencias de Naia, el ritmo de trabajo permanecía constante. Todo el mundo estaba loco por volver a casa, y yo el primero. Deseaba apartar la vista cuando esa nube cayera con un estruendo aterrador, volver a casa con la cabeza baja y hacer como si nunca nada hubiera pasado.

Recuerdo el día que acabamos la torre como un día melancólico. Al día siguiente sería la inauguración/demolición, así que aquella noche cogí mi cometa y subí a la última planta, la planta 1616, dispuesto a verla volar más alto de lo que ninguna cometa hubiera soñado jamás. Tardé varios minutos en llegar arriba en ascensor. Una vez arriba pensaba atarme los pies a algún asidero, ya que el viento podía precipitarme al vacío. Sin embargo al llegar a la cumbre vi a Naia sentada en el suelo, mirando hacia arriba. Nunca he visto un cielo estrellado como aquel y creo que no lo volveré a ver jamás. Me quedé largo rato sólo disfrutando aquella maravilla hasta que Naia habló.

—No trates de volarla aquí. Caerás igual que aquel hombre.

Dejé la cometa en el suelo y me senté junto a ella. Al mirar su rostro me di cuenta de que no llevaba puestas las gafas de sol. El reflejo de la Luna me permitió ver sus ojos por primera vez. Eran azules, pero un azul limpio y puro, como la costa suave y calmada de una isla paradisíaca. Miré hacia el horizonte y estuvimos otro rato sin decir nada. El tiempo parecía dilatarse hasta hacer ese momento casi infinito en nuestros recuerdos.

—¿Hemos perdido, no? —dije finalmente.

—Aún no lo sabemos. Tal vez ocurra algo.

—No va a cambiar de opinión. Está decidido a hacerlo.

—Sí, eso parece. Y por mucho que le presionen, por mucho que le desprecien por lo que va a hacer, la última palabra es suya, y tiene una fuerte voluntad. Pero yo pensaba en otra cosa. Algo distinto.



—Sólo un milagro puede ocurrir ahora.

—No creo en Dios —dijo.

—Yo tampoco. Pero de existir sólo él puede ayudarnos ahora.

—Si Dios existe ya derribó una torre una vez. No tiene motivos para salvar ésta.

Tenía lógica lo que decía.

—Sería justo que la humanidad se tomara la revancha. Que ganara esta vez —dijo.

—No va a ser así.

Naia se levantó y señaló con el dedo extendido.

—Eso de allí es el horizonte. El día que llegue a alcanzarlo entonces me rendiré. Pero hasta que ese día llegue seguiré luchando por lo que quiero que suceda.

Empecé a enfocar aquella situación de otro modo. No se trataba de la lucha del bien contra el mal, del rico contra el pobre o de Dios contra los hombres. Era, simplemente, la lucha de Naia contra Eisen, dos seres humanos capaces de darlo todo por defender aquello en lo que creen.

Bajamos de lo alto de la torre entristecidos. Sabíamos que sería mejor que durmiéramos, pues el día siguiente iba a ser un día duro. No sólo duro para nuestros cuerpos, también duro para nuestros corazones.

Nunca he torturado a mi cabeza más que aquel día, el día de la demolición. Me sentía como si nada de lo que hiciera tuviera valor o sentido, como si mis principios, ideas y creencias fueran un fraude, sólo una fachada para los demás y para mí mismo. Pero sobre todo, por encima de todo, me sentía como un cobarde por saber que debía hacer algo pero no hacer nada, sabiendo que tenía que haber algo que pudiera hacer.

Todo ocurrió muy deprisa. Cientos de miles de personas estaban en una de las colinas que atraviesan el desierto de Gobi en dirección noreste-sureste, unos por obligación, otros por curiosidad, para verla caer, sabiendo que presenciarían un día histórico. Se habían dispuesto cargas explosivas en la base, estratégicamente colocadas para inutilizar la estructura maestra del edificio. Sin embargo había un detalle que acrecentaba lo peligrosa que es ya de por sí una demolición. La torre, en vez de desplomarse sobre sí misma, como es habi-



tual, iba a mantener la verticalidad en todo momento y a desplomarse como un enorme monolito de piedra. Se aseguró un perímetro de varios kilómetros de radio en los cuales estaba completamente prohibido el paso. Todo estaba calculado para que la torre se viniera abajo en sentido este. Todos los presentes llevábamos cascos protectores de oídos, ya que se esperaba un impacto de una sonoridad brutal para el tímpano. Se preveía, por otro lado, una nube de polvo descomunal.

Naia estaba a mi lado. No había dicho una sola palabra desde que se despertara por la mañana, si es que había dormido algo. Nunca la había visto tan seria. Debía de estar pasando por las mismas emociones negativas que yo, pero dado su carácter introvertido, seguramente estaban amplificadas hasta hacerse insoportables.

Eisen se encontraba también a mi lado. No aprecié ningún cambio sustancial de ánimo en él, parecía como si estuviera contento pero no lo exteriorizara, demasiado orgulloso para hacerlo notar a otros. Se dirigió a Naia y a mí y dijo:

—Van a ver historia.

—Lo único que voy a ver son los desvaríos de una mente megalómana — repliqué.

Eisen no respondió. Probablemente ni me escuchaba. Miraba a un hombre que tenía en sus manos el mando que activaría las cargas. Cuando se lo dieron tuve la tentación de cogerlo y salir corriendo, pero hubiera sido una heroicidad inútil que además de prolongar lo inevitable hubiese puesto mi vida en peligro, pues sabíamos que entre el público había guardaespaldas armados.

Eisen cogió un megáfono y habló:

—Señores, no voy a dar ningún discurso porque ya conocen los motivos de que esto esté ocurriendo. A estas alturas no hay un solo ser humano en el planeta que no haya visto las imágenes de la rueda de prensa dada por mí en este desierto hace tiempo ya. Así pues, preparen los trípodes, abran los objetivos y dispónganse a grabar. A la señal de tres les pediré a todos los presentes que se pongan los cascos. Notarán un silencio de tumba, pero eso es normal, no se preocupen. Quince segundos exactos después de mi señal activaré los explosivos. Quien no tenga los cascos puestos, que se atenga a las consecuencias. Bien, entonces. ¡A mi señal!

Cientos de miles de seres humanos se prepararon para ponerse unos auriculares. La mayoría, por miedo, no esperaron a la cuenta de tres, pero Naia y yo sí. Queríamos oír la voz entre extasiada y eufórica del Barón.

—Uno... dos... ¡tres!



Me puse los auriculares y viví los quince segundos más largos de toda mi vida.

De repente, un estruendo. Tan atronador que casi perdí el equilibrio, lo que por contra le pasó a muchos de los presentes. Ver caer esa torre de 1616 plantas como si fuera un juguete me puso la carne de gallina. Tal destrucción absurda sólo podía venir de una mente enferma. Miré a Eisen y como supuse estaba sonriendo. Lo había logrado. Había ganado. Pero algo me chocó en aquel momento. Miré a Naia y parecía estar esbozando una leve sonrisa. Ese gesto me descolocó. Y sentí que algo tenía que ocurrir.

Al cabo de un rato una enorme mancha de polvo tapaba la visión de las ruinas de la torre caída, de modo que ya no había nada que ver. Estar al pie de la torre al ser derribada ésta hubiera sido impresionante. Lástima que, de haberlo hecho, no estaría vivo para contarlo. Eisen nos ofreció a Naia y a mí dejarnos en nuestro país con su zepelín. No quería su caridad, pero Naia aceptó la oferta, así que, como es lógico, subí con ella. Algo pasaba.

A pesar de estar siendo llevados por quien podíamos considerar nuestro enemigo debo admitir que el trato que nos dieron en el viaje fue inmejorable, aunque era incapaz de disfrutarlo. A medio camino Naia se acercó al despacho de Eisen a pedirle si podía desviar el zepelín ligeramente para poder sobrevolar una zona de Asia.

—¿Qué zona? —preguntó Eisen intrigado.

—Imagino que habrá oído hablar del desierto de Takla-Makan, al oeste de Asia. Es más pequeño y aún más árido que el de Gobi.

—Le daré orden al piloto, pero ese desierto está deshabitado. Ahí no hay nada que nos pueda interesar.

—Ya lo veremos —dijo Naia, recordándome aquella discusión en ese mismo despacho.

Cuando el piloto nos avisó que pasábamos sobre la zona me asomé a los ventanales, pero no vi nada. Rocas y polvo. Estuve unos veinte minutos mirando, pero sólo vi rocas y polvo. Me aparté del ventanal sin saber muy bien si sentirme decepcionado o no.

Unos diez minutos después Naia me dijo que la acompañara al despacho de Eisen.

—Es la hora —dijo.

Llamó a la puerta y entramos. Eisen no levantaba la cabeza, estaba escribiendo algo, probablemente unas memorias de dudoso interés.



—¿Qué quiere? —dijo el Barón.

—Quería felicitarle. Ha conseguido su sueño. Derribar la torre más alta del mundo.

Aquello me parecía demasiado.

—Bueno, en realidad... —dijo Naia mirándome— La verdad es que hay algo que te tengo que decir, Rem. Quiero que sepas que te aprecio mucho y me gustaría que siguieras trabajando conmigo. Y que siento muchísimo no haber contado contigo para mi último proyecto, pero es que tenía que mantenerlo en el más absoluto secreto.

—¿Pero de qué hablas, Naia? Si he estado contigo en todo...

Entonces lo comprendí. Eisen también. Levantó la cabeza y salió de su despacho todo lo deprisa que pudo para mirar por los ventanales. Cuando llegué lo vi; era un milagro. Era increíble. Otra torre. En ese desierto se alzaba otra torre. Era idéntica a la de Gobi, pero tenía la última planta de color rojo.

—Esa banda roja —dijo Naia— es su derrota, Barón. Esta torre tiene 1617 plantas, una más que la suya. Exprimiendo al máximo mis conocimientos de estructuras y cargas he logrado añadirla. Es patrimonio de la humanidad porque así lo han querido todos aquellos que me han ayudado, tanto con su dinero como con su esfuerzo, a levantarla. Y tenga por seguro que lleva en pie más de un día, de modo que no lo ha hecho, Barón. No ha derribado la torre más alta del mundo. Sólo ha derribado su torre.

El rostro de Eisen era la cólera absoluta. De haber sido más joven seguramente se habría lanzado al cuello de Naia y la hubiera estrangulado. Pero como no era así, se fue a su despacho y se encerró. No le volvimos a ver en todo el viaje, ni siquiera cuando la nave llegó a nuestro país y bajamos por la escala, tomando tierra en una zona descampada cerca de nuestra ciudad. No tardó en desaparecer entre las nubes.

Naia sonreía. Había ganado. Sin embargo había algo que no podía evitar preguntar:

—¿Por qué no contaste conmigo?

—Te necesitaba acabando la torre original —dijo—. Eras el único a quien podía confiarle las obras.

—Entiendo —dije contrariado.



—Bueno, hay otro motivo. En el desierto de Takla-Makan no sopla el viento casi nunca. Para que te hagas una idea, es tan escaso —añadió— que no podrías ni volar una cometa.

No dije nada. Sólo sonreí. Acto seguido nos pusimos en marcha hacia la ciudad. Me moría de ganas por ver a mi familia y mis amigos.

© Miguel Ángel Lopez Muñoz

Miguel Ángel López Muñoz nos cuenta sobre sí mismo: soy un madrileño nacido en 1981, estudiante de último año de ciencias matemáticas. Debido a que tengo que lidiar con extrañas geometrías no euclidianas me he acabado aficionando a las novelas de ciencia ficción, aunque la novela negra también ocupa un hueco en mi corazón. Tal vez por eso mi película favorita sea Blade Runner, síntesis de ambos géneros. Profeso devoción hacia Raymond Chandler y considero No Tengo Boca y Debo Gritar de Harlan Ellison como el relato más impactante que he leído. Como curiosidad, para escribir 1616, me aproveché de haber cursado completo el primer curso de la carrera de arquitectura.



Si te gusta leer. Si te
apasiona escribir.

Revista de Escritura Creativa Nitecuento

Colaboraciones, suscripciones e información:

Susana García

Apdo. Correos 38072 - 08080 Barcelona

nitecuento@teleline.es

SITIO DE CIENCIA-FICCIÓN

<http://www.ciencia-ficcion.com> el referente ineludible de la ciencia-ficción en español



SOMBRAS

por Omar Vega

Una vez más Omar nos plantea interrogantes cada vez más actuales en el mundo. En el destino que tendrá la investigación científica. En las condiciones que hacen que la especie humana sea lo que es. Este cuento trae consigo una moraleja, la cual no me atrevo a plantear.

20 de Junio del 2320

Un espeso día nublado cubría el campus, mientras John Mora observaba como las pequeñas gotas de lluvia se desintegraban en los cristales de su ventana. La fina llovizna entristecía los prados, arboledas y jardines de la Universidad de Cambridge, dando un toque aún más melancólico y triste a esos pensamientos que le amargaban. Su mirada estaba vacía y enfocada al infinito, siguiendo las volutas de humo perfumadas a vainilla que emanaban de su pipa para llenar la habitación. Estaba estático frente a la ventana de ese cuarto estilo gótico, característico de la arquitectura medieval del edificio de Neurología y Modelos Mentales de Cambridge, lugar que había sido su hogar durante tantos años; quizás demasiados. Escenario en el que desarrolló su carrera y donde, quizás, había gastado su vida en vano, persiguiendo aquello tan anhelado: el éxito y la gloria; ser el primero en descubrir algo nuevo en estos tiempos sin héroes; dejar huella de sí quedando en la memoria de la humanidad; afán fanático de los hombres de ciencia y equivalente agnóstico de la inmortalidad religiosa.

Sin embargo sus investigaciones le condujeron más allá de lo esperado, por lo que se sentía arrepentido de iniciar alguna vez tales estudios. Pero el desafío fue tan grande, el tema tan apasionante y su ambición tan fuerte que no pudo dejar su obra hasta completarla. Mas al final del camino en vez de gloria no le esperaba sino la amargura, la desilusión y un pánico mortal ante esa realidad insospechada que él develó.

Veinte años trabajó en el tema. Veinte penosos e interminables años, hasta que al fin su preciada máquina estuvo terminada. Y todo para que ese largo y trabajoso esfuerzo se redujera a un mísero instante de gloria, seguido del ridículo más cruel. Entonces, cuando ya nada podría estar peor llegó el terror. Sólo él se dio cuenta de las verdaderas implicancias de aquel experimento público que destruyó su carrera, pero que abrió su mente a una realidad siniestra.

Seguía lloviendo en el campus de la antigua Universidad de Cambridge ubicada en el sur de Brasil, casi en la frontera con Argentina, centro principal de estudios y contactos de los científicos del sur del mundo. Fundada varios siglos



atrás, Cambridge era la típica universidad de la época: un centro de investigación sólo para profesionales, sin alumnos que importunaran los pensamientos de los intelectuales. No había maestros que dictaran cátedra, sólo investigadores que efectuaban sus búsquedas con eficiencia mecánica. Ya el mundo se había cansado del elitismo de antaño, cuando unos pocos eran elegidos para estudiar en las universidades y luchar por obtener esos rectángulos de cartón que les convertían en profesionales calificados para dirigir sus sociedades y ganar dinero. Hoy todo el mundo estudiaba en casa y sólo los exámenes se rendían en centros de certificación. Para hacer un experimento, o una actividad física, los estudiantes se dirigían a locales especializados donde arrendaban por horas un laboratorio de física, un cuarto de edición multimedia o, incluso, una morgue. Esto había liberado a las universidades de esos modestos adolescentes indisciplinados que amargaron a los sabios de antaño.

Ya no había fronteras en este planeta donde gentes de todo el mundo vivían mezclados en todos los rincones de los cinco continentes. Dos horas de vuelo separaban las antípodas; viaje cuyo precio no superaba el de una compra de alimentos semanal. Era un mundo nuevo donde la cultura universal había sucedido a la occidental, y donde las razas humanas se habían fusionado en un solo pueblo de infinita variedad. En ese mundo Latinoamérica había perdido mucho de sus características distintivas, preservándose algunas tradiciones sólo como atractivos turísticos. La gente de la región hablaba inglés y pensaba como el resto del mundo.

Cambridge era una más en la red de universidades de elite que cubría el planeta. Lugares donde los científicos trabajaban y competían ferozmente. Esta rivalidad consumía la energía de los investigadores del siglo XXIV, pues algo no había cambiado en la naturaleza humana, algo inmutable ante el progreso: la ambición de ser grandes. Y con miles de millones de personas en el mundo, preparadas en los más avanzados conocimientos técnicos, artísticos, deportivos y científicos, destacar era una tarea difícil en extremo. Sólo unos pocos en cada generación conseguían el ansiado trofeo de la fama y la inmortalidad. Y John estuvo a punto de ser uno de ellos, pero el mérito se le escapó de entre sus dedos.

Seguía fumando su hermosa pipa de madera y metal, mientras los anillos de humo ascendían y las gotas de lluvia salpicaban los pequeños vidrios de la ventana gótica. Desde fuera las vidrieras de su oficina se veían minúsculas, enmarcadas por las enredaderas que, cual serpientes, se apoderaban de las blancas piedras de milenario estilo que le daban un aspecto esotérico y mágico a la antigua universidad. Algunos paraguas negros se avistaban en los senderos del campus. Eran los de investigadores que caminaban bajo la llovizna para enfriar sus cráneos entre las gotas de lluvia, aprovechando de descansar su vista mirando los frondosos árboles y los verdes prados del campus. A lo lejos, se avistaban algunos vehículos voladores ocupando espacios otrora poblados



de aves. Espacios hoy suplantados por aquellos molestos huevos volantes que manchaban el cielo e impedían la visión de las alturas.

En uno de esos vehículos viajaba Peter Tanaka, quien volaba entonces desde California al encuentro de su amigo Mora. Tanaka había dejado muchos compromisos pendientes pero, a pesar de todo y sin dudarlo un instante, se tomó el día para juntarse con su entrañable amigo del sur. Ya le faltaba poco para llegar. El mensaje había sido breve pero intrigante y horroroso:

—Peter, necesito hablar personalmente contigo. He descubierto algo maligno y desastroso que puede cambiar la historia de la humanidad. No sé a quién recurrir, por lo que necesito ahora mismo tu ayuda y apoyo.

Peter conocía en detalle de las investigaciones de John. Sabía que era un científico neurológico teórico que desarrollaba modelos de los procesos conscientes de la mente. Lo que John quería era comprender la naturaleza y sustancia de la conciencia; enigma que intrigó al hombre por milenios y cuya solución había escapado de las manos de los rapaces investigadores por demasiado tiempo. En la Antigüedad se decía que el alma era una entidad separada del cuerpo, una substancia natural que abandonaba el cadáver en el momento de la muerte para dirigirse al infinito, al otro mundo, al nirvana o a ultratumba. Era el alma una entidad eterna, inmortal; algo que era a la vez la causa y el efecto de la conciencia, además de ser el recipiente de la misma. El alma era la esencia; en sí misma era el *ser*.

Muchos siglos después Descartes afirmó que pensar era *ser*, vale decir, que el pensamiento era la causa de la conciencia. Y todos creyeron e imitaron su línea de pensamiento. Una suposición que parecía tan inocente a la vista de los descubrimientos que John Mora acababa de realizar. De creer a Descartes nos veríamos obligados a aceptar que todo ser pensante era consciente. Ahora bien, la tecnología moderna había desarrollado los androides, los cuales eran máquinas maravillosas con inteligencia artificial incorporada, capaces de todas las manifestaciones propias de los seres humanos. Con los androides estamos en presencia de máquinas capaces de pensar, gracias a los modelos mentales que tienen integrados. Con ellos los androides crean poemas, música y matemática en forma autónoma, con la habilidad y sensibilidad de un genio de carne y hueso.

De acuerdo a Alan Turing, un científico inglés de mediados del siglo XX, una máquina que pudiera imitar todos los procesos mentales de un ser humano consciente al punto de engañar a un observador humano, era de hecho un ser consciente. Basado en eso otro científico del mismo siglo, Marvin Minsky, llegó a afirmar que el alma humana era el cerebro, y que éste a su vez no era más que un kilo de carne. Era la época del reduccionismo combativo que tanto dolor trajo al hombre con sus doctrinas eugenésicas y eutanásicas.



Tales ideas nacieron hace muchos siglos, cuando todos vivían entusiasmados por el progreso de los mecanismos y la gente pensaba que la vida no era más que la acción de entidades físicas; que la mente no era otra cosa que una computadora y que el Hombre no era más que un robot. No es coincidencia que el siglo XX fuera frío e inhumano, un tiempo donde el Hombre se vio asolado por los dogmas totalitarios Nazi, Comunista e Imperialista, los cuales negaron a las personas sus derechos básicos y llenaron el mundo de muertos en cruentas e inacabables guerras. El hombre era entonces un recurso más, donde la contabilidad de muerte de la guerra lo agrupaba junto a las pérdidas de armas y estructuras. No existían entonces las herramientas para investigar la verdad con profundidad. Pasaron muchos siglos para que tal estado de cosas cambiara.

John Mora tuvo la oportunidad de acercarse al tema gracias a su mente brillante; verdadero genio entre sus pares y cumbre del pensamiento humano. John era un ser extraordinario, aún cuando la fama no le acompañaba, sino más bien el desprestigio y el ridículo eran el sello de su vida. Ahora bien, después de veinte años de investigaciones John sabía que las máquinas de inteligencia artificial y otros artefactos mecánicos no eran más que juguetes de feria y no máquinas conscientes. Esto lo había demostrado al apuntar su detector de conciencia contra tales mecanismos, verificando que los patrones de la supuesta sensibilidad marcaban cero, tal lo hacía una roca o cualquier agrupación de materia inerte.

Veinte años atrás John había llegado a Cambridge como estudiante graduado en una universidad de un país ubicado más al sur, cerca de la Antártida. Había seguido religiosamente cada uno de los cursos que tomó en su especialización en modelamiento neurológico. La matemática le había fascinado con sus nuevas ideas sobre la manera en que los sistemas caóticos del cerebro se ordenaban en forma armónica, siguiendo los patrones descritos por aquellas hermosas ecuaciones diferenciales que vibraban en su mente y en su imaginación. Las que tenían la clave para entender como se formaba la conciencia. John usaba una anticuada pizarra para su trabajo, en la que con un simple lápiz trazaba día tras día esas fórmulas que le permitirían, en un futuro no muy lejano, construir su máquina de demostración. Al final aisló tres de estas ecuaciones parciales en las cuales encontró la clave.

Las matemáticas que John usaba no eran muy modernas realmente, pues ya se conocían hacia varios siglos atrás, y hubieran causado el desprecio de un especialista. No obstante, eran bastante conocidas en el modelamiento neurológico de la época. Lo que realmente diferenciaba los modelos particulares de John era su simplicidad y la característica de ser originales. En una palabra: brillantes. Describían con maestría y belleza cómo se organizaba la información en el cerebro. Ponían en evidencia cómo de una serie de eventos totalmente aislados, y sin ningún control central ni sincronización, evolucionaba a un estado integral y unitario. Mostraban claramente cómo, bajo ciertas condiciones



muy especiales, una máquina podía comenzar a percibir, Describiendo como un procesador de datos se transformaba en un ente que podía no sólo calcular y medir, sino que sentir dolores, colores y sensaciones. De más está decir que un ente que siente es un ente con alma.

En un principio sus trabajos se hicieron conocidos por el desarrollo de métodos para construir androides un poco más inteligentes que los convencionales. Robots que podían ver un poco mejor, distinguir mejor las formas y los patrones, construir mejores modelos tridimensionales del medio en el cual se desplazaban, facilitando así su programación y abaratando los costos de aquellas complejas maquinarias omnipresentes en el mundo moderno. Ese fue el trabajo que le permitió adquirir prestigio y que le dio para vivir una vida relativamente cómoda. También le atrajo por varios años la admiración de sus colegas, admiración que estaba menguando.

John no se conformó con sus éxitos parciales e insistió en proseguir las investigaciones hasta el final. Después de años de esfuerzo llegó a reducir su modelo a un entramado de veinte ecuaciones que mezclaban las relaciones diferenciales con relaciones discretas. De entre éstas había tres fórmulas que le llamaron poderosamente la atención al deducirlas, pues la combinación, de escasos términos pero entrañable belleza, le dio la clave para entender finalmente que era la conciencia.

Estas ideas las había explicado en la fallida conferencia en términos simples:

—Qué es la conciencia —había dicho— sino la sensibilidad al mundo. Tomen cualquier sistema, cualquier grupo de materia mineral, vegetal, animal o maquinaria, y contra ella apliquen un pequeño castigo, como se hace al pincharla con un alfiler. Si pinchan una piedra, planta o animal y este evento gatilla dolor estamos en presencia de sensibilidad, vale decir, conciencia. Sin embargo, el dolor es algo que sólo lo percibe el ser en forma aislada, apartado del mundo exterior. Los sistemas que son capaces de percibir dolor no pueden transmitir tal sensación al exterior. Entre el observador y el objeto de estudio se alza el abismo de dos mundos paralelos desconectados. El universo percibido por el objeto de estudio no se toca en ningún punto con el del observador, mas que por el canal común que representa el espacio físico, que reúne a ambos entes en un mismo escenario. Ambos sistemas, observador y objeto están en un mismo medio físico pero viven en universos sensibles diferentes, sin conexión alguna entre sí.

»Desde tiempos inmemorables la gente se dio cuenta que la realidad se vivía desde dentro de los entes conscientes. Ahora bien, los entes conscientes más simples son aquellos capaces de percibir el mundo. Y la forma más básica de percepción es la sensación de dolor. Pues bien, un ente que percibe dolor tam-



bién puede potencialmente percibir placer, que no es más que otra cosa que un dolor modulado de manera diferente.

»También un ente que percibe dolor es capaz de percibir matrices de dolor o bien matrices de placer. Estas derivan, en forma relativamente simple, en matrices de luz que permiten la visión, matrices de vibraciones sonoras que derivan en la audición, y en otras matrices que soportan los sentidos del gusto, el tacto y el olfato. Además la naturaleza usa matrices para modelar el interior de los cuerpos de los organismos, transmitiendo esa información hacia los cerebros, haciéndolos conscientes de si mismos. Todo esto le da a la entidad sensible la percepción del mundo externo y de su propia presencia en él. Vale decir, le da conciencia.

»Todos los llamados *sentidos* no son más que moduladores secundarios a la sensación básica que es el dolor. Las fórmulas de la conciencia que he desarrollado explican claramente que la sensación de dolor es la más simple de todas de las percibidas por los seres que tienen conciencia. Esta sensación produce un cambio objetivo y estructural en la percepción de la materia. Un cambio tan sutil y sorprendente que es difícil de explicar en palabras y que solo se entiende cuando se estudian mis ecuaciones en detalle. Se trata de un equilibrio dinámico entre lo finito y el infinito; un paso del mundo material limitado y estático al mundo infinito del consciente auto-referencial.

»Para demostrar esta teoría dediqué años al estudio de los efectos de la conciencia en el mundo físico. De esta forma podemos materializarla y estudiarla como si fuera una entidad objetiva, lo que en verdad no es. La conciencia se da sólo en un proceso dinámico que es soportada por una estructura física cambiante y caótica, la cual tiene la forma material de una variación geométrica muy especial de los campos establecidos alrededor de la base material, el que puede ser un cerebro elaborado, un sistema nervioso simple u otros mecanismos. Estos campos crean un espacio modelable en 25 dimensiones, el cual es objetivo y tiene realidad física, por lo que es visible al medir los cambios en patrones cuánticos.

»Eso es lo que hace mi máquina. Desarrollé un método para medir y graficar tales cambios. Ahora bien, mis investigaciones me condujeron aún mas allá. Estudiando las ecuaciones básicas de la conciencia he podido demostrar que no existe otra forma de generarla mas que la provista por mis fórmulas. No hay manera de crear seres conscientes sino se rigen por las formulas que descubrí, sean estos humanos, animales o alienígenas. Por lo tanto la inteligencia artificial de nuestros robots y androides jamás será capaz de producir conciencia, sino que sólo se limitará a imitar sus derivados, como lo es, por ejemplo, la inteligencia. Esta última es un efecto mucho menor que la conciencia, y que no es más que un mecanismo de resolución de problemas, por lo que puede imitarse a la perfección por maquinas. En consecuencia, las presunciones originales de la cibernética y de Descartes son falsas: el ser no es pensar sino sentir.



»Luego de desarrollar mi máquina detectora de conciencia empecé a estudiar todo tipo de seres, tanto vivos como artificiales. En los minerales tales como rocas y materias inertes no existen las estructuras magnéticas tan especiales de la conciencia. En otros, como en las plantas, tales estructuras son demasiado débiles para estar seguros si realmente representan una forma de conciencia. Pero ya en animales muy primitivos, como en las estrellas de mar, medusas y moluscos, las sensaciones de dolor, y de percepción espacial moduladas sobre el dolor, les permiten percibir el mundo externo de manera bastante compleja y objetiva, por lo que, sin duda, estamos hablando ya de un tipo de conciencia. Subiendo la escala evolutiva hacia los animales mayores nos encontramos con conciencias complejas. Es así como en los peces se detecta una sensación de la realidad mil veces mayor que la que tiene, por ejemplo, un gusano. En general se ve un ascenso en los niveles de conciencia que sigue fielmente la escala evolutiva Pero lo más importante es que, en principio, todos los animales tienen conciencia y que no existe una barrera insalvable entre los animales. El Hombre sólo es el más consciente de los seres, aquél con la sensibilidad más desarrollada, pero no es el único que posee conciencia.

Está fue la introducción de John en su famosa charla de presentación de su detector de conciencia. Fue su momento de gloria cuando demostró como su pequeño detector detectaba el grado de conciencia que tenían los minerales, plantas, peces, aves, mamíferos y todo tipo de aparatos artificiales. El público estaba asombrado al observar cuan claramente se percibía en las pantallas de la sala de conferencia los patrones de conciencia vibrantes y luminosos de los animales, los que contrastaban con la rigidez mortuoria de tanto los minerales como de la maquinaria. Solo faltaban minutos para el desastre y para que John notara por vez primera esa oscuridad que destruiría su vida, para que sintiera por primera vez las sombras. El mundo de espectros, de muertos caminantes, de cadáveres que abandonaban sus tumbas, de zombis y de gólems.

John seguía fumando, desprendiendo volutas de vainilla en el aire mientras continuaba lloviendo, las gotas salpicaban su ventana de pequeños cristales góticos y la bruma cubría la luz. El tiempo parecía haberse detenido.

Peter Tanaka volaba cercano a su lugar de destino. Faltaban 10 minutos para aterrizar en Cambridge. Volando en su pequeño vehículo aéreo personal de cuatro asientos, dirigido automáticamente tanto por las computadoras de abordaje como por las de control de tránsito, Peter no tenía mucho que hacer mientras pasaban las horas que separaban California de Cambridge. En estos momentos estudiaba en su computadora portátil documentos relacionados con el controvertido proyecto de ley que estaba promoviendo en California. Tanaka había dedicado casi toda su vida a la persecución de criminales, los que eran considerados el principal factor de deterioro de la calidad de vida de la gente. Algo que odiaba Tanaka era el crimen y su esfuerzo legislativo estaba reduciéndolo significativamente. En esta época ya nadie consideraba a un criminal como un agresor moral o como directamente responsable de una falta inspira-



da por simple maldad. Desde hacía tiempo ya se sabía que los criminales lo eran por propensión genética, defectos embriológicos y de constitución cerebral, y en particular por fallas en la estructura del lóbulo frontal del cerebro. El criminal era simplemente un enfermo, un ser incapaz de controlar sus propios impulsos y carente de la comprensión del mundo que tenía una persona normal. Siguiendo esta línea de pensamiento Tanaka había conversado muchas veces con Mora respecto a la forma que tomaba la conciencia en los criminales. Y de esas conversaciones había nacido una profunda amistad al comprender que ambos, él y su amigo del sur, estaban investigando prácticamente lo mismo. Uno la conciencia en sí y el otro la razón del comportamiento moral del hombre.

¿Debía el criminal ser castigado por sus crímenes o tratársele como a un enfermo? Hoy todo el mundo estaba de acuerdo con la segunda opción, pues todos aceptaban que el criminal era un tipo especial de enfermo mental. Debía, por lo tanto, mejorársele mediante injertos cerebrales y terapias intensas, mientras la sociedad a su vez se protegía de las recaídas y accidentes gracias a mecanismos autónomos que se injertaban en el cerebro del agresor, los que impedían para siempre que éste cometiera un nuevo acto de violencia. Estos chips eran a su vez dirigidos por la red global de control de criminales.

—Qué fantástico sería disponer de un medio —pensaba Tanaka— que permitiera detectar aquellas personas peligrosas antes de cobrar sus primeras vidas. Con eso se podría mejorar la calidad de vida de las gentes. De acuerdo a sus conversaciones con Mora sí existía la forma de desarrollarlo, derivado del sensor de la conciencia, y solo era un problema de financiamiento el que impedía desarrollar el detector de criminales. Buscar ese financiamiento era precisamente el tema de la última ley que estaba promoviendo Tanaka en California. Tanaka fue invitado por el propio Mora a la presentación en sociedad del detector de conciencia, esa misma conferencia que terminó en desastre.

El volador de Tanaka se acercaba a su destino, mientras en el horizonte ya se dibujaban las torres góticas de la inmensa universidad de Cambridge, ubicada en Río Grande do Sul, en Brasil, Sudamérica. Los pensamientos de Tanaka volvían una y otra vez a la escena que produjo el desprestigio de John.

Todo había comenzado muy bien y la conferencia de prensa que dio John al concluir la construcción de su detector generó una expectativa mundial. Su imagen apareció en todos los medios de comunicación del mundo, mientras los periodistas especializados traducían a términos simples su descubrimiento. No fue extraño entonces que la presentación del invento ante la sociedad demandara un gran evento, el cual fue organizado y apoyado oficialmente por la Universidad de Cambridge, quien reunió a miles de personas a un gran estadio techado para ver las demostraciones en vivo, entre las cuales estaban científicos de todo el orbe. Entre el público se contaba numerosas estrellas del espectáculo, junto a figuras de la política y los negocios. La universidad no escatimó en



gastos para mostrar al mundo que este hito trascendental en la historia de la humanidad se había realizado en Cambridge. El lema bastaba para describir el sentido del evento: *Cambridge prueba existencia del alma humana*. Toda esa parafernalia puso un tanto nervioso a John, quien era un tanto tímido y rehuía los eventos públicos grandiosos, por lo que tuvo que aplicarse a sí mismo una férrea disciplina para atreverse siquiera a presentar su invento.

El evento consistió en una larga serie de charlas presentadas por decenas de expertos que expusieron todos los aspectos conocidos del modelamiento neurológico, la que tomó dos días en completarse. Más de 30 conferencias distintas se sucedieron, presentando todo tipo de especialistas sus mociones en el tema de la conciencia. Desde la formulación matemática que mezclaba elegantes ecuaciones diferenciales con autómatas finitos, continuando por la explicación de los extraños campos electromagnéticos caóticos que delataban la presencia de una mente consciente, y finalizando con las más descabelladas doctrinas filosóficas y ocultistas.

Se mostraron planos y prototipos de la mente, junto a todo tipo de ideas que cubrían el espectro completo del saber humano: desde las religiosas, que asociaban la conciencia con el alma, hasta las físicas que trataban de explicar el mundo material como una simple operación de convolución entre conciencia y materia. Desde los trabajos de Einstein un descubrimiento no producía tal impacto en el público general. Dictaban las conferencias todos los que tenían algo que decir sobre el tema: desde médicos hasta matemáticos y desde psicólogos hasta teólogos. Y el clímax de toda la serie de conferencias sería una demostración del detector de conciencia de John en una charla que le demandaría dos horas.

Después de veinte minutos de las consabidas introducciones formales e históricas llegó el momento de presentar su invención. Ésta era una pequeña pistola, con una pantalla y unos cuantos indicadores, la que estaba conectada al sistema de proyectores de la sala. Empezó sus pruebas muy bien, despertando el asombro de la audiencia. John dijo:

—He aquí algunos de los seres y sistemas que probaremos en esta presentación. Partiremos con objetos que el sentido común nos indica que carecen de conciencia: las rocas.

Con calculado dramatismo John apuntó su detector hacia una pila de piedras que descansaban en una mesita mientras en las pantallas aparecía una línea verde rígida y muerta, que demostraba que efectivamente carecían de conciencia. Después apuntó su detector hacia un vegetal, un gomero, el cual también mostraba una línea rígida alterada en algunos puntos por desviaciones minúsculas de su eje, que dejaron al público curioso de saber si esas ligeras alteraciones podrían estar revelando cierto grado de conciencia. El siguiente fue un momento dramático, cuando John acercó su detector a un pequeño



gusano que se retorció en una fuente con agua, provocando que en las pantallas apareciera una pequeña elipse azulada que vibraba rítmicamente.

—Esto, Señores, nos muestra que el gusano tiene un pequeño grado de conciencia. Además, por la forma de la representación podemos deducir que su conciencia es unidimensional. Vale decir, percibe sólo una variable del mundo real.

Luego un ayudante sujetó el gusano a un par de pinzas que le inmovilizaron para luego pincharlo con una minúscula aguja. De pronto la elipse de las pantallas se transformó en algo que semejaba un engranaje, con colores que cambiaban del amarillo al violeta. John se apresuró a explicar que lo que estaban viendo en las pantallas era la representación de la sensación de dolor que el gusano sintió al ser pinchado por la aguja.

Después apuntó su detector al más avanzado sistema de inteligencia artificial de su época: un androide con todo el aspecto de un ser humano, el cual era empleado como guía por algunas empresas de turismo. Era un robot del que muchos científicos e informáticos afirmaban que estaba consciente. Basaban su postura en que el robot tenía almacenado un modelo del pensamiento humano en sus procesadores de información. Era un modelo tan avanzado que permitía al robot hablar con fluidez y naturalidad, incluso inventando ingeniosas bromas, lo que le hacía indistinguible a primera vista de un ser humano común. Tal robot, de acuerdo a la antigua tesis del matemático Alan Turing, debía ser consciente por definición.

Sin embargo, cuando John apuntó su detector hacia el robot la línea de conciencia en la pantalla aparecía tan plana como la que mostraron las piedras. Incluso el gusano presentaba más vitalidad, más sensibilidad, que la más avanzada de las máquinas inteligentes de ésta época. No había nada en el androide que revelara conciencia, siendo indistinguible de un motor, de una cafetera o de cualquier máquina corriente. La admiración se apoderó de la sala. La gente estaba impactada por lo que estaba presenciando, esperando las explicaciones que vendrían después.

Tanaka observaba extasiado la presentación de John. había sido ubicado en la primera fila como invitado de honor, gracias a las gestiones directas de su amigo.

Luego siguió la parte más dramática de la presentación, cuando John subió de eslabón en eslabón la escala evolutiva de los animales, pasando de los crustáceos y moluscos, que presentaban en pantalla patrones de conciencia muy simples, hasta los de especies superiores. Al analizar la conciencia de un pez apareció en pantalla cinco figuras circulares, llenas de recovecos, unidas entre sí por un intrincado filigrana que los integraba. John explicó que los círculos correspondían a algunos de los sentidos del pez, el más complejo de los cuales



era el visual. Lo que la muda audiencia observaba era nada menos que el modelo consciente y mental que el pez tenía del mundo.

A medida que fue subiendo la escala evolutiva los patrones se hacían cada vez más complejos. Un perro, por ejemplo, mostraba figuras tan intrincadas como las de una catedral. Eran figuras complejas que variaban en una compleja danza de mutaciones de formas y coloraciones. Formas jamás vistas antes por el ojo humano.

Entonces comenzó la parte culminante de la exposición. El detector sería aplicado a seres humanos. Un silencio absoluto se apoderó de la sala mientras John invitaba a su amigo Peter Tanaka a subir al escenario. Luego de subir y de hacer las bromas de rigor, John apuntó el detector hacia su amigo y en pantalla se pudo ver por fin la representación física de la enorme complejidad de la consciencia humana, mucho mayor que la del resto de los animales. Era ésta una figura intrincada, compleja, convoluta, siempre cambiante en formas y colores, pero integrada como una unidad sólida y precisa.

Si John hubiera terminado la conferencia en ese preciso momento su fama se hubiera cimentado sólidamente en la historia humana. Pero algo inesperado y siniestro ocurrió a continuación. Fue algo que John no pudo explicar en su momento y que le condujo al descrédito internacional. Luego de Tanaka, varios otros se apresuraron a subir al escenario para tomarse sus propios test de conciencia. Fueron cinco voluntarios quienes se presentaron para ser analizados. El primero y segundo de ellos presentaron figuras tan complejas como las de Tanaka, pero el tercero mostró una línea tan plana como la de una piedra o un robot. El siguiente voluntario también presentó la línea plana, mientras que el último volvió a presentar el complejo patrón humano.

John enmudeció pues no se pudo explicar lo ocurrido. Era acaso que dos de esos humanos no tenía conciencia mientras el resto sí la poseían. Eran acaso zombis, meras sombras que parecían humanos pero que en realidad estaban muertos en vida. El público enmudeció por instantes interminables temiendo lo peor, se hizo un silencio sepulcral que helaba la sangre, pero luego estalló en risas. Todos atribuyeron el problema a un defecto en el detector e incluso a un problema en la teoría. De pronto todos pensaron que la presentación había sido una farsa y que el detector no servía para nada. Y empezaron a abandonar la sala, arruinando con esa fuga el trabajo de veinte años de John, quien arrastró en su caída incluso a la Universidad de Cambridge. Tanaka se despidió de su amigo no sin antes atribuir el problema a una falla del detector que aconsejó estudiar, dándole su apoyo sincero y leal ante tan dramática circunstancia.

De esto había pasado varios meses. John volvió a la Universidad de Cambridge donde recibió una severa reprimenda pero se le permitió seguir perfeccionando sus investigaciones. Sin embargo su mente dejó de ser la misma. La



crisis y la tensión constante le abrumó hasta hoy, cuando por fin había descubierto la razón de la falla.

Tanaka no supo más del tema. Solo sabía que John volvería a estudiar el problema y estaba cierto que lo resolvería. Más nunca esperó la respuesta que dio John cuando al fin rompió su silencio, invitándolo para que le visitara en Cambridge, Tanaka no pudo contener su curiosidad y partió rumbo al sur.

Esos meses fueron de angustia para John Mora. Por supuesto que su familia entendió el problema, dejándolo trabajar sólo día y noche en su laboratorio. John comía poco y a deshora, sin apenas dormir, trabajando hasta altas horas de la noche todos los días, sin ningún método ni ritmos establecidos, como si le fuera la vida en ello.

Pero John no se conformó con sólo revisar los detectores sino que siguió aplicándolos a todo ser humano que se le pusiera por delante. Primero lo aplicó a su familia, verificando en ellos los patrones normales de consciencia. Pero entonces John comenzó a realizar su experiencia más trágica. Fue a la calle con el detector y lo apuntó al azar a todos los transeúntes que pasaban por los paseos de la pequeña ciudad de Cambridge, donde vivía. Allí hizo su macabro descubrimiento: una de cada tres personas no marcaba consciencia en su detector. Desde el exterior las personas eran indistinguibles unas de otras, todas parecían ser iguales, sonriendo, hablando y llorando. La única diferencia entre ellos era que a un tercio de las personas el detector no las consideraba seres conscientes. La falla era inexplicable, en especial cuando comparaba esas lecturas con las que mostraban los animales.

John se dirigió al zoológico de la ciudad donde constató que todos los animales, sin ninguna excepción, marcaban patrones de consciencia en la pequeña pantalla del detector, mostrando trazos alambicados, gráficos típicos de los seres que perciben el mundo exterior. Por contraste, era espeluznante que tantos humanos marcaran cero en el detector.

La lluvia había cesado cuando el pequeño vehículo volador de Tanaka descendió verticalmente y se posó en el estacionamiento de la Universidad de Cambridge. Peter tomó su maletín y se abrochó el abrigo para dirigirse caminando por los senderos empedrados de la antigua universidad hacia la facultad de neurología; a la oficina de John.

— ¡Hola, John! ¡Qué alegría de verte! ¿Cómo has estado?

La última fue una pregunta inútil. Como podría estar John sino envejecido diez años en un par de meses. Con grandes ojeras y rojos ojos, cabellos sucios y desordenados, con la piel seca, amarilla y arrugada de un pergamino. Sobre su escritorio había un enorme tarro de café mientras que la oficina soportaba una asfixiante nube de tabaco, el cual era extraído con mucha dificultad por los acondicionadores de aire de la sala.



—Siéntate Peter. ¿Quieres un café?

—No, gracias John, solo quiero escuchar. He venido a eso, a escucharte. Se que has descubierto la razón de la falla.

—Ese es el tema. He revisado cada uno de los componentes, circuitos y programas del detector y me he dado cuenta que funciona bien. La falla no está en el detector. Estamos en un mundo de sombras, Peter, estamos en un mundo de zombis. Son seres que parecen humanos, que hablan y actúan como humanos, que parecen percibir y simulan estar vivos, pero que no lo están. Aparentan tener alma pero en fondo están tan muertos como un programa de inteligencia artificial. Son nada más que apariencias, aspectos, espectros. Estamos rodeados de seres inertes, de muertos caminando.

—Se trata del zombi de la superstición haitiana. Se trata del Gólem hebreo que adquiere animación gracias a las palabras mágicas de la Cábala. Se trata de hombres sin alma, como si la hubieran vendido al diablo mediante la sangre vertida en un contrato mortal. El hombre sin alma existe e incluso se cuantos son.

Peter no podía creer lo que estaba escuchando. Evidentemente su amigo se había vuelto loco, pensó. En vez de reconocer algo tan obvio como la falla intermitente de su detector, atribuía ésta a un hecho sobrenatural, afirmando que gran parte de la humanidad vivía sin consciencia.

—Son hombres que no lo son realmente. Son muertos caminando... — balbuceo John, afiebrado.

Sin ya creerle, pero por la amistad que le había unido a John cuando era cuerdo, Peter decidió seguirle la corriente y preguntarle:

—¿Tienen algo en común estos muertos vivientes, los zombis?

—Externamente nada. Los hay de todo tipo: desde criminales hasta santos; desde brutos a genios; desde creadores hasta copiadores; hombres, mujeres y niños; de todos los colores... No se pueden distinguir de la gente normal, ni siquiera ellos mismos lo saben.

—Tenía que hablar contigo —continuó exaltado John—, porque tu no eres uno de ellos. Si bien recuerdas, tu fuiste el primero en ser analizado en la conferencia, lo que demostró que tienes consciencia. También lo probé con mis seres queridos, todos los cuales sí tienen consciencia. Quiero encargarte a ti que descubras que está ocurriendo en el mundo pues no se que se puede hacer para remediarlo.

—Pero como se produjo —Preguntó Peter al borde de la credulidad—. ¿Qué pasó?



—De acuerdo a mis investigaciones, allá por el siglo XXII, y con el fin de disminuir la delincuencia, se trató de regular las funciones del cerebro humano en una zona cercana al lóbulo frontal, con el propósito de reducir las reacciones violentas de los criminales. Para eso se cambió un gen llamado G2352, el cual está siendo eliminado lentamente del patrimonio genético humano. Como resultado de esto, el campo energético que caracteriza a la consciencia, la propia alma para algunos, se vio fuertemente afectado en su geometría, desapareciendo en muchos seres humanos. Hoy uno de cada tres humanos no presenta patrones de consciencia, Peter. Estamos en un mundo de muertos. Hemos vendido nuestra alma al diablo de la ciencia, del progreso y de la ambición. Quisimos ser dioses y ahora hemos recibido nuestro castigo. Quedamos sin alma.

—¿Porqué dices eso, John? —preguntó Peter, pálido de terror— ¿Porqué dices "quedamos sin alma"? Tú eres humano y normal, ¿o no?

—No Peter, en la duda y con pavor apunté una vez el detector hacia mí y verifiqué que tampoco yo tengo consciencia. Soy también sólo un muerto caminando.

© Omar Vega

Omar Vega nació en Santiago de Chile en 1958, casado y padre de 3 hijos. Ingeniero en computación y master en ciencias de la computación (Canadá), trabaja en informática. Durante los '80 migró a Canadá donde hizo investigación en inteligencia artificial y en visión computacional, temas que le han servido para enriquecer sus ideas. En la actualidad vive en Chile y está abocado al enriquecimiento y publicación de su obra literaria, la cual versa sobre temas de ciencia, futurología y ciencia-ficción. Escribe en Español e Inglés. Es integrante de la comunidad hispana de ciencia ficción.



Fanzine de Fantasía, Ciencia-Ficción y Terror:

<http://theplague.ci-fi.com/>



ARTÍCULOS

ENSAMBLE FRANKENSTEIN. 2ª PARTE

por Patricio Alfonso

LA ÉPOCA DE MARY SHELLY, O LA PREHISTORIA DE FRANKENSTEIN.

Pero el mundo avanzaba, o retrocedía, hacia regiones más áridas.

William Oscina

La autora de *FRANKENSTEIN O EL MODERNO PROMETEO* vive en un mundo donde el racionalismo está en boga, y donde también se observan sus primeras crisis. En el racionalismo se produce, con respecto a la antigüedad, un cambio de signo respecto del papel de la razón. La mentalidad racionalista «*ve en el conocimiento y dominio de la naturaleza la tarea fundamental del hombre*» («*llegar a ser amos y poseedores de la Naturaleza*», dirá **Descartes**). Ya no nos encontramos frente a una razón contemplativa que se predispone pasivamente al frente al mundo. Ahora, conocer es dominar. El utilitarismo contemporáneo, para el que el mundo no es sino un botín al que echar mano, que concibe a los seres que lo integran como meros «recursos naturales», no es ajeno a esta tradición. El primer auge del racionalismo se remonta al siglo XVII, época de la



René Descartes

Filosofía Moderna y de su principal figura, **Renato Descartes** (1596-1650). El privilegio cartesiano de la razón queda expuesto en su método, la llamada «duda metódica». De todo se puede dudar, afirma **Descartes**, incluyendo la existencia del mundo. Menos de que, efectivamente dudo, y por consiguiente, pienso. Así mi propia existencia se me devuelve como la de un ser pensante. «*Cogito, ergo sum*», tal es la fórmula cartesiana. Así opera la primera reducción: el sujeto queda definido como «sustancia pensante». Es un verdadero tajo, un hachazo que separa la mente –la «cabeza»– del cuerpo, cuya existencia perfectamente podría ser ilusoria. Para devolver a éste su realidad, **Descartes** deberá realizar un «zurcido», un ENSAMBLE. La sustancia pensante por él concebida está provista de algunas ideas innatas; entre ellas, la de un Ser Supremo, infinito y perfecto. Siendo ella misma finita e imperfecta, habrá que buscar su origen en el exterior. Es decir, en un Ser Supremo, infinito y perfecto realmente existente. Probando así la existencia de Dios, **Descartes** lo transformará en el garante del mundo físico –reducido por lo demás a espacialidad, la llamada «res extensa»– y, por ende,



del cuerpo. Como se ve, la relación entre este y la mente deja de ser «de suyo»; se recurre a una instancia exterior, o concebida como tal.

Si la unidad del cuerpo se funda desde fuera, entonces sus partes, sus funciones, sus órganos no se articularán sino al modo de los engranajes de una máquina. De esta perspectiva de lo corporal (de) vendrá la concepción del robot y el androide. En la época del racionalismo mecanicista fueron construidos varios autómatas, como los de **Jacques Vaucanson**, tres de los cuales se exhibían en Londres en 1742. Un proyecto abandonado de **Vaucanson** consistía en «construir una figura de autómatas que imitara en sus movimientos las operaciones animales, la circulación de la sangre, la respiración, la digestión, el juego de los músculos, tendones, nervios, etc.»

«Ese cuerpo liso y apático» –escribirá **Marcel Hénaff**– se perfila como el emblema del más terriblemente abstracto de los procesos: el que nos significa que se ha terminado efectivamente (o que se acaba) el tiempo de la Tierra y de los dioses, el de los trabajos y los días, tiempo abierto del espacio y de la mirada, del ritmo y del aliento. Comienza el tiempo del artefacto y de los modelos, de lo universal –indiferente– intercambiable. El cuerpo como cosa, como «res extensa», como agregado extrínseco de partes, como máquina; el hombre máquina de **La Mettrie** (1709-1751) y los demás mecanicistas, en cuyo exasperado extremo lógico, el **Marqués de Sade** (1740-1814), la sexualidad es una combinatoria modular de segmentos enchufables, inbricables y yuxtaponibles. Nadie como él supo despersonalizar el cuerpo en el punteado de su superficie, según la «receta» cartesiana que reduce el mundo físico a extensión. **Sade** es, en palabras de **Hénaff**, un «heredero riguroso de la iatromecánica, de esa tradición médica poscartesiana que desarrolla imperturbablemente todas las consecuencias del modelo de un cuerpo máquina». Así define **Sade** el dolor, a través de su personaje Saint-Fond, en *JULIETTE*: «Diré solamente que el dolor es una consecuencia de la poca relación de los objetos extraños con las moléculas orgánicas que nos componen». En cuanto al sadismo, tendencia psicosexual a la que se dio su nombre, lo explica así en *LA FILOSOFÍA EN EL TOCADOR*: «Considerando que el dolor afecta más vivamente que el placer, no hay duda que la sensación de dolor sufrida por otros producirá en nuestros nervios choques más vigorosos, que vibrarán más enérgicamente en nosotros; pondrán en circulación más violenta los espíritus animales que, dirigiéndose a las regiones bajas por el movimiento de retrogradación que les es esencial, abrazarán pronto los órganos de la voluptuosidad y los dispondrán para el placer». ¡Un modelo de explicación mecanicista! **Sade** cumple el programa cartesiano por la manera en que articula la mente y el cuerpo. **Hénaff** será quien escriba que el libertino sadiano tiene una cabeza «extrañamente atornillada» a su cuerpo. Cartesianamente, diríamos nosotros. «El haz de las luces lo estira más lejos, es su punta extrema. Hace su claridad aún más dura y más cruda. Muestra a la razón que lo que proponía como su contrario, como irracional, como mal, es un monstruo que no deja de engendrar». El





monstruo de Frankenstein, ese bastardo de la razón o, como dijo **Goya**, de su sueño. Sueño de soñar, no de dormir. No en vano **Pierre Klossowski** relaciona a **Sade** con la doctrina de algunas sectas gnósticas que postulaban darle al cuerpo lo que es del cuerpo y al alma lo que es del alma, en tanto principios separados, autárquicos. Recuértese que el término «maniqueísmo» se usó primero para designar la doctrina de Manes (205-274), la que supone dos principios cósmicos antagónicos e irreductibles. «*En otros tiempos se entendía, y es probable que hoy suceda lo mismo* –dice **George Bataille**– *que el mundo opone dos principios; por una parte el del espíritu y por otra el de la materia*». Esta noción se encuentra en el trasfondo de la moral platónica. Y si no es novedad advertir que la condena del cuerpo está teñida de platonismo, otra cosa es advertir que «*esta historia ha sido adoptada por ambos partidos*», y que **Sade** es el espejo de Platón. Dualismo cartesiano, platonismo de nuevo cuño. Nada nuevo bajo el sol.

La razón clásica es «*la diosa razón*»; el hombre de Occidente la ha entronizado y le rinde pleitesía, esperando de ella los mayores frutos. Tal es el optimismo de la ilustración, expresando en la idea de progreso. La razón es la luz que penetra la oscuridad deshaciéndola, es el día que pone orden haciendo visibles y nítidos –claros y distintos, por usar una expresión cartesiana– los bordes, las costuras. Las configuraciones, el entorno delimitante de las cosas. Es el alba que disipa los fantasmas del miedo y la superstición, concebidos como patrimonio de los primitivos, de los no-ilustrados. Bajo su fulgor quedan explicados los procesos, los mecanismos. Ya no se les atribuirá más un origen mágico o sobrenatural. El motor de las facturas humanas será ahora la técnica, esto es, la ciencia aplicada.

Alguna vez floreció en Europa la leyenda judía del Gólem, un hombre artificial animado por medios cabalísticos. Según **Antonio Caronia**, esta tradición habría radicado específica y fundamentalmente en Praga, existiendo una variante polaca. La versión más popular atribuye la creación de un Gólem al rabino **Judá León (Rabbi Loew)**, quien vivió efectivamente en Praga en el siglo XVI, en tiempos de **Rodolfo II**. La figura del Gólem inspiró una novela de **Gustav Meyrink**, publicada en 1915, un poema de **Borges** y varias películas, siendo las más conocidas las varias que realizó **Paul Wegener** entre 1914 y 1920, y quizá la más reciente *IT* (1967), de **Herbert J. Leder**. El Gólem es una figura de arcilla a quien la magia de la Cábala otorga el soplo de la vida. Es el hombre de barro de Prometeo, quien roba el fuego de los cielos para animarlo; es Pinocho, un muñeco de madera a quien un hada vivifica con su varita mágica. Es, entonces, Adán, formado del barro de la tierra. Y es el monstruo de Frankenstein. Pero la novedad de este último es que es un hijo de las Luces, del racionalismo, y el soplo de la vida le es conferido por medios técnicos, cien-





tíficos. A diferencia de otros monstruos clásicos del cine de terror, como Drácula y el hombre lobo, de raigambre sobrenatural, la criatura de Frankenstein es ya ciencia ficción, esto es, un producto del positivismo.

Como señala **Brian W. Aldiss**, la novela de **Mary Shelley** es la «*opera prima*» de la ciencia ficción, y Víctor Frankenstein, el prototipo del científico como personaje. Frankenstein es la puerta que conduce de la magia a la ciencia; en su futuro no habrá Gólems, sino robots. Bisagra del tiempo.



«La ciencia es el vehículo que permite admitir lo fantástico». Con esta frase, **Rafael Llopis** ilustra el proceso. Para **Mary Shelley** y su posteridad, lo sobrenatural no satisface; la razón, luz de los ilustrados, invadirá las zonas donde antes no penetraba. En 1886, **Robert Louis Stevenson** publicará *EL EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL Y MR. HYDE*, la historia de una duplicidad comparable a la del hombre lobo, solo que su mutación no se deberá a la maldición de una bruja, sino a la ingesta de un compuesto químico; **Arthur Machen** (1863-1947), gran renovador temático del cuento de miedo, prefigurará también la fantasía científica, ya que para él en la práctica de los antiguos taumaturgos existiría un saber –una técnica, diríamos- olvidado y, por lo tanto, como dice **Llopis**, «*lo sobrenatural resulta mucho menos sobrenatural*» en su contexto.

Explicar lo inexplicado, «*hacer la luz en las tinieblas*», es misión que se atribuye la razón positivista. Y esta se refleja de modo muy nítido en al ámbito de lo ficticio. Análogamente, asistiremos a la aparición de una ciencia llamara primero «metapsíquica» y que luego conoceremos con el nombre de parapsicología. Esta supone quizá la última conquista del racionalismo, al aplicar parámetros positivos a un dominio hasta entonces ignorado por la razón experimental. El discurso parapsicológico no constituye una legitimización o admisión de lo irracional. Al contrario, significa imponer las normas racionales a una de las pocas áreas que se mantenían al margen de ellas, completando o totalizando el dominio de la naturaleza.

LA REACCIÓN ROMÁNTICA Y LA ÉTICA DE FRANKENSTEIN

*Pero me vuelvo hacia la noche misteriosa.
Novalis – Los Himnos de la Noche*

Frente a la pretensión absoluta de la razón iluminista, frente a su afán de dominar todo y el todo, se alzarán la ola romántica, que vindicará las potencias de la pasión y el sentimiento. En este sentido el romanticismo se constituye en una re-vuelta contra el mundo moderno, por usar una frase de **Julius Evola**. Pero en sí mismo es un fenómeno más complejo de lo que podría parecer. Quizá porque toda época es compleja, contradictoria, es enfren-



tamiento entre elementos de distinto signo, el romanticismo, a la vez que saluda como **Percy Shelley** a los indicios liberadores del futuro, se vuelve con nostalgia hacia el pasado feudal o clásico en protesta en contra de lo que es ese futuro, que ya empezaba a constituirse en presente, pudiera tener de inhumano. Así, como señala **Ernst Fisher**, el propio **Novalis** «*que se volvía hacia la noche*» tuvo «*plena conciencia de los aspectos positivos del capitalismo*» y fue capaz de escribir:

El espíritu del comercio es el espíritu del mundo. Es el espíritu esplendoroso, puro y simple. Lo pone todo en movimiento, todo lo conecta. Crea países y ciudades, naciones y obras de arte. Es el espíritu de cultura, de perfección de la humanidad.

En este «*estado del alma*» trágico, de contradicción, fue alumbrado Frankenstein. La historia del doctor y su criatura refleja el drama de una época y una mentalidad. Como Prometeo, Víctor Frankenstein es el portador de la luz y quiere perfeccionar la naturaleza. Pero su acto se rebela como transgresión, fruto de soberbia, de «*hybris*», y desencadena la tragedia. Los dos elementos del romanticismo –terror y esperanza frente al futuro– juegan frente a frente y el primero se impone. La postura que se trasunta en la novela de **Mary Shelley** es ética, incluso bio-ética, por usar una categoría en boga. Y la solución encontrada es respuesta a una pregunta fundamental: ¿todo es naturaleza, o hay algo más allá de ella? Desde luego, si todo es naturaleza todo está permitido, todo es «*normal*». Dicho esto, ¿cómo podemos interpretar el argumento de Frankenstein? Creemos que se puede decir que el acto de Víctor se realiza a partir de la naturaleza, pero funda un «*fuera de ella*». Es desmesurado (carece de medida), reproduce lo que en términos judeocristianos será el pecado, la caída original, la ruptura que quizá coincida simplemente con la irrupción de la inteligencia, como sugiere **Clifford D. Simak** en su novela *EL PLANETA DE SHAKESPEARE*:



La inteligencia destruye y modifica los controles y los equilibrios aún cuando intente dejarlos como estaban. No existe una así llamada inteligencia que viva en armonía con la biosfera.

Esta figura ética de la transgresión encarna en las figuras de Satán y luego de Adán en el Paraíso. El mal se metaforiza espacialmente con alejamiento o pérdida del centro, en círculos concéntricos y a la vez centrífugos como los de una onda en el agua. Como desintegración y contagio, Satán fue primero Luzbel, Príncipe de las Luces. Su desobediencia introdujo el primer elemento desintegrador en el mundo, posibilitando, a través del contagio, el pecado de Adán. Satán-Adán-Frankenstein; así se desintegra el cosmos. La consecuencia del pecado de Víctor Frankenstein, de su acto centrífugo, es una



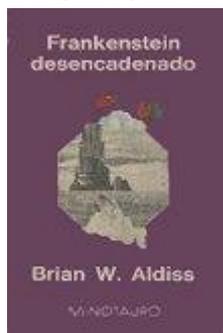


criatura desencadenada, perdida en el tiempo. Así encarnó **Mary Shelley** su terror a la luz de los ilustrados, transformándola en fulgor satánico. Pero además patentizó en **Frankenstein** la historia de la criatura humana en su condición de caída, de arrojada a la existencia (De hecho, **Frankenstein** debería ser muy caro a los postulados del existencialismo). El hijo del hombre, ese «penoso hijo» del poema *EL GÓLEM* de **Borges** es en realidad el hombre mismo. La caída se reproduce.

LA HERENCIA DE FRANKENSTEIN—EL SABIO LOCO COMO ESTEREOTIPO.

Creo que el fin último de la ciencia es poner fin al género humano.
Thomas Love Peacock.

Víctor Frankenstein marca la impronta de un tipo de mentalidad manipuladora del mundo desde los estrechos límites de su propia ciencia e incapaz de ver más allá del resultado inmediato. O deliberadamente destructiva, realizando de manera lúcida lo que para el protagonista de la novela de Mary Shelley no era sino un resultado no-querido, al menos concientemente. En la literatura y el cine fantástico los sabios locos harán plétora. Deberíamos mencionar al doctor Moreau de *LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS* (1896), de **H.G. Wells**, dedicado a transformar animales en hombres; de nuevo al doctor Jekyll que, metamorfoseándose en Hyde su doble Hyde encarna así perfectamente la identidad creador-criatura, presente y presentida ya en *Frankenstein*; al protagonista de *LA MOSCA*, en sus distintas versiones, otra historia trágica de auto-factura. Todos estos «*Monstruorum Artifex*» operan sobre el cuerpo, sobre el espacio, sobre la «res externa» cartesiana. La manipulación del tiempo constituye un paso más, como queda patentizado en *FRANKENSTEIN DESENCADENADO*. En la versión cinematográfica que **Roger Corman** realizó sobre esta novela de **Aldiss** se insiste en la identidad entre **Joseph Bondeland** –quien ha sido capaz de fisurar el tiempo, el inmutable tiempo de Descartes y Newton– y Víctor Frankenstein. Bondeland llega incluso a exclamar «*Yo soy Frankenstein*» (El último engendro quizá sea la cultura deshumanizada, cosificada, tal como aparece en las novelas de **Orwell** y **Huxley**, o en filmes como *METRÓPOLIS*, de **Fritz Lang**, *TIEMPOS MODERNOS*, de **Chaplin**, o *VIVA LA LIBERTAD*, de **René Clair**). La manipulación del tiempo convergiendo con la del espacio da pie a una posibilidad vertiginosa, fascinante, aterradora: la del hombre creando la vida –e incluso la materia– al principio de los tiempos, en una cosmogonía circular y totalizante, verificación última y absoluta de la identidad entre naturaleza y cultura, entre creador y criatura. Si somos nuestros propios abuelos, el espíritu de Víctor Franksenstein puede alcanzar la paz.



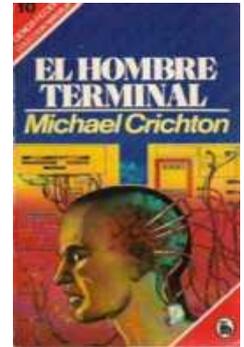


LA HERENCIA DE FRANKENSTEIN – ROBOTS Y ANDROIDES

El cuerpo máquina alcanzará su expresión de algún modo máxima en los robots propiamente dichos, cuyo precedente serán los autómatas como los de **Vaucanson**. El robot en un Gólem científico y mecánico, tanto como el Gólem es un robot mágico. Es una máquina con la silueta y las funciones más externas de un cuerpo, generalmente humano. El androide, en cambio, de factura biológica o para-biológica, se reencuentra con el sueño de Víctor Frankenstein. La sátira, una vez más, se rebela como hermenéutica. En la serie de dibujos animados *FRANKENSTEIN Y LOS IMPOSIBLES* aparecía una caricatura del monstruo con características robóticas, incluyendo una antena



en la cabeza. ENSAMBLE del organismo con la máquina, identidad de naturaleza y técnica, cuya expresión más icónica ha de ser el *ROBOCOP* del filme de **Paul Verhoeven**. Aunque deberíamos mencionar también como sugerentes ejemplos a una novela de **Michael Crichton** y a la película que inspiró, *THE TERMINAL MAN* (1973), dirigida por **Mike Hodges**, cuyo tema es el de un hombre con terminales y ordenador implantados en el cerebro, y al cómic erótico de **Manara Clic**, de argumento en el fondo similar. El cuerpo considerado como máquina está en la base de la moderna práctica de la criogenia, donde el organismo congelado espera en un sueño semejante a la muerte el momento de una eventual e hipotética resurrección, mediante el advenimiento de conocimientos aún no habidos. Podemos leer en este hecho una versión tecnológica de la leyenda de la Bella Durmiente. Sólo que a veces es únicamente la cabeza la que ha sido criogenizada, lista para ser ENSAMBLADA a un organismo que presumiblemente ya no será biológico.



(La palabra «robot» será empleada por primera vez en 1921, en la obra teatral *R.U.R.*, de **Karel Capek**. Su tema, el de unos hombres artificiales concebidos para el trabajo, y que posteriormente se rebelan, tiene, además de una relación directa con Frankenstein, otra más sutil, ya que puede ser leída como una metáfora más del totalitarismo, como lo son *1984* y *UN MUNDO FELIZ*).

LA HERENCIA DE FRANKENSTEIN – EL DOCTOR FRANKENSTEIN

La práctica científica más directamente emblemática por la figura de Frankenstein es la medicina actual. En el origen de la querrela de naturalistas y homeópatas en contra de la alopatía existe una acusación de violencia, de cosificación del organismo a tratar. También de ser una medicina de síntomas, esto es, de despiece mecanicista del cuerpo. A una mirada no pre-



juiciada no se le escaparía la similitud material existente entre las prácticas de la clínica y de tortura, tanto de la institucionalizada como la del «gabinete» del libertino sadiano. **Sade** amalgamó, o mejor dicho, hizo resaltar tal identidad en su personaje de Rodin, el cirujano-libertino de *JUSTINE*. La psicología no es ajena al cuadro. Según **Frank Capra**, quienes se sitúan en sus orígenes habrían «adoptado la formulación matemática precisa que Newton dio al paradigma mecanicista cartesiano y trataron de utilizar sus principios para comprender la naturaleza humana». **Descartes** y **La Mettrie** habían desarrollado modelos psicológicos mecanicistas, como lo hará también **David Hartley** (1705-1757). El concepto de **John Locke** (1632-1704), según el cual la mente es «una tabula rasa, una pizarra en blanco sobre la cual se imprimían las ideas por medio de la percepción sensible» será, según **Capra**, «el punto de partida de la teoría mecanicista del conocimiento». Para **David Hume** (1711-1776), el yo estaría constituido por «un haz de impresiones», sentando así las bases del estructuralismo, que concibe la psique como un conglomerado de elementos específicos que se ENSAMBLAN de diversos modos. Para **Capra**, tanto el estructuralismo como en conductismo y el psicoanálisis se basan en el señalado modelo newtoniano. El conductismo vendría a representar «el punto culminante del enfoque mecanicista en psicología», quien puede considerarse su fundador, **John Watson**, enfocó a esta como «una ciencia natural objetiva». Por ello, exigió que los psicólogos fijaran su atención exclusivamente en los fenómenos observables «que podrían ser reconocidos y descritos objetivamente por observadores independientes», eliminando la introspección. «La psicología, tal como la describe un conductista –escribió– es una rama puramente objetiva y experimental de una ciencia natural que puede prescindir de la conciencia igual que la química y la física». Consideraba a los organismos como «máquinas complejas que responden a estímulos externos». Este desplazamiento de lo interior a lo exterior resulta sintomático; podemos leer en él un avatar del concepto cartesiano de la «armonía preestablecida», que inicia la negación de una unidad «de suyo» –esto es, de una interioridad– en los organismos. Consecuentemente, la terapia conductista será una terapia de síntomas, cuyos antecedentes se remontan a **Pavlov** y **Bekhterev**. En ella, los síntomas psiquiátricos no se consideran una manifestación de un trastorno oculto, sino casos aislados de comportamiento inadaptado aprendido que se puede corregir utilizando las técnicas de condicionamiento adecuadas. Más tarde, **B.F. Skinner**, ideador del llamado «condicionamiento operante», afirmará que «las únicas explicaciones serias son las que se basan en la visión mecanicista de los organismos vivientes y que se cumplen con los criterios de la física newtoniana». Para él, la mente y las ideas son identidades inexistentes «inventadas para proporcionar explicaciones espúreas». Resulta esclarecedor saber que Skinner deseaba el advenimiento de un tipo de ser humano condicionado para ser socialmente apto mediante una «tecnología de la conducta, comparable en cuanto a su fuerza y precisión a la tecnología física y biológica». Es decir, el dominio de la naturaleza llevado a su extremo lógico, hasta su totalización por vía de alcanzar al propio dominador; la entronización del «mundo feliz» en que el hombre es (auto)manufactura y el círculo de la identidad se cierra. El psicoanálisis parece bastante distante del conductismo. Sin embargo,



Capra no deja de relacionarlo con la mecánica newtoniana al hacer de la mente un «espacio» ocupado por fuerzas dinámicas en pugna, por energías que se intercambian en una economía de las pulsiones. En el sistema freudiano todos los mecanismos y toda la maquinaria de la mente son activados por fuerzas similares a las de la mecánica clásica. **Capra** señala que, en oposición a la psicología mecanicista, existen las tendencias holísticas, representadas por el gestaltismo y el funcionalismo. Según el primero «*los organismos vivientes no perciben las cosas como elementos aislados sino como Gestalten, esto es, como unidades significativas dotadas de cualidades que no existen en sus partes individuales*». El funcionalismo, inspirado en parte por el evolucionismo de **Darwin**, concibe a la mente como integrada dinámicamente en un organismo que a su vez participa e interactúa con su medio ambiente. Para este pensamiento, que se puede considerar vecino al ecologismo, lo más importante es «*la unidad y la naturaleza dinámica*» de la llamada «*corriente de la conciencia*». Su principal exponente, **William James** fue, en palabras de **Capra**, «*un ferviente crítico de las tendencias atomistas y mecanicistas en psicología, y un entusiasta defensor de la interacción e interdependencia entre la mente y el cuerpo*».

ANEXO 1: BIO-ART

Definamos Bio-Art como la creación o la modificación de formas de vida con propósitos estéticos (incluyamos también a aquellas en las que se partió de distinto propósito, pero a las que nosotros podemos dar una mirada estética. Perros de caza, caballos de tiro, el maíz cultivado son en este sentido el equivalente vivo de los urinarios de **Duchamp**: instrumentos que una re-visión descubre como «obras de arte». El Bio-Art es muy antiguo; los chinos tenían razas de peces dorados cientos de años antes de Cristo; el maíz cultivado data de la época precolombina. Los medios más bastos de Bio-Art son directamente físicos: los discos que se introducen en los labios, los anillos que elongan el cuello de las sudanesas, los pies aprisionados de las chinas. También los usados por aquella atroz «*fábrica de monstruos*» descubierta en Rumania entre las dos guerras mundiales, los injertos de piel animal, la emasculación de los eunucos. Pero los medios más finos no son necesariamente los últimos. A la cruce selectiva –cruza y selección–, que es milenaria, se debe la mayor parte de las razas de animales y plantas con que el hombre ha contribuido a enriquecer el catálogo de los seres vivos (ya sabemos que por otra parte ha contribuido no poco a empobrecerlo). La cruce selectiva se basa en el carácter eminentemente plástico del plasma viviente. Según la teoría de **Darwin**, el primer practicante de Bio-Art sería la propia naturaleza, a través de las mutaciones y la selección natural. La cruce es un modo indirecto de manipulación genética; en nuestros días, el genoma ya empieza a ser manipulado directamente y alborean en el horizonte las sirenas y los endriagos del mañana, mixturas que parecían imposibles, híbridos que ningún criador soñaría con obtener, y que la mitología había anunciado.



Aquel monstruo que sale de las manos de Víctor Frankenstein sigue siendo el mejor símbolo de la capacidad bio-genética del hombre.

ANEXO 2: SIMULACRO

En la máscara, en el disfraz, lo vivo es soporte de otra cosa que lo modifica en el ámbito de la significación, en el cual lo oculta y lo devela a la vez. En la naturaleza existe el mimetismo –un insecto parece una hoja, una mariposa parece una avispa– pero no la máscara, puesto que es el cuerpo mismo el que «*parece*». El simulacro, por el contrario, pertenece de lleno al ámbito de lo cultural y, diríamos, de lo protésico, ámbito humano por excelencia y casi por exclusividad. En tanto ENSAMBLE, en tanto montable y desmontable, modular, el simulacro permite al cuerpo asumir una polisemia, una multiplicidad de significancias sucesivas. El vestido es la primera y más universal forma de disfraz. El hombre, el «mono desnudo», es también el mono vestido, el animal que se viste, y por lo tanto, se disfraza. La moda es Bio-Art en el campo de lo simbólico.

Toda la cultura, en cuánto tejido de signos añadido a la dimensión corporal, biológica del hombre, es simulacro. El hombre, como esencialmente desnudo, es también y por lo mismo esencialmente protésico. Quien diga que la máscara de suyo miente tendrá que decir entonces que toda la cultura, y por lo tanto, toda la vida propiamente humana, es un engaño.



Naturaleza y cultura como segunda naturaleza. Al ser prótesis, la cultura se hace a sí misma naturaleza sin más. Identidad del creador y la creatura.

Considerar el cuerpo como «res extensa» hace posible que se lo proponga como objeto de manufactura, y Víctor Frankenstein crea al monstruo. Pero el cuerpo propio –«mi» cuerpo– es vecino del cuerpo del otro, es su prójimo, y así se abre la posibilidad de cerrar la identidad creador-creatura. Y precisamente es en el ámbito simbólico del simulacro donde ha ocurrido el deslizamiento. Hablar de **Marilyn Monroe** como de un «*producto de Hollywood*» es (aún) hacer referencia a una heteronomía, es decir que ella es tan víctima como el monstruo de Frankenstein. Pero en el tiempo hay íconos más próximos, íconos que representan un momento segundo. Es absolutamente sintomático que Madonna se constituya en doble de Marilyn, pero no lo es menos que este doblaje, esta re-producción, sea fríamente deliberada y autónoma. Madonna es un ícono auto-construido, representa la manufactura simbólica del propio ser (resulta sugestivo com-





pararla con la mujer-robot de *METRÓPOLIS* de **Fritz Lang**, de la cual sería la encarnación ideal en un remake hipotético o soñado). Asociada con frecuencia a **Madonna**, una imaginería erótica fetichista y sado-masquista alude al cuerpo como cosificado y cosificante. Los elementos usados lo segmentan y recortan como las piezas de un mecano; despiece y EMSAMBLE. Como también lo hace la fotografía pornográfica cuando, valiéndose del «close-up» parcializa sectores anatómicos. En tanto objetivante del cuerpo, la pornografía sigue la tradición cartesiana.

Objetivar, poner delante, se realiza fundamentalmente a partir de lo óptico, de la mirada, un ámbito privilegiado por el cine. «*El primer plano supone algo así como una apoteosis del despedazamiento*», señala Carlos Losilla, «*y habla del terror que el mismo producía en algunas tribus africanas que lo contemplaban por vez primera; para ellos, se trataba de una mutilación o, en el peor de los casos, de un acontecimiento sobrenatural*». Simulacros.

Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza.
Génesis, 1-26

@ 1999, Patricio Alfonso.



La página de los bien informados:

<http://www.stardustcf.com/>



Fanzine de fantasía oscura y terror: <http://maycrosf.com>



NOTICIAS

II CONCURSO OCIOJOVEN DE RELATOS DE FANTASÍA Y CIENCIA-FICCIÓN

La web www.ociojoven.com está organizando un certamen de relatos destinado a un público joven, con el motivo de fomentar la lectura y la pasión por escribir. Se trata de una iniciativa que se desarrollará completamente por Internet, donde los participantes del certamen podrán enviar sus obras de forma completamente anónima hasta el momento en que se proclamen los vencedores.

Ociojoven cuenta con la participación de cinco importantes editoriales (EDHASA, Minotauro, Devir, Plaza & Janés y La Factoría de Ideas), que se ocuparán de patrocinar cada una de ellas una categoría distinta dentro del certamen, ofreciendo diversos premios al ganador de la misma. El enlace donde se está desarrollando el certamen:

<http://www.ociojoven.com/article/articleview/951158/1/247/>

Bases del certamen:

<http://www.ociojoven.com/article/articlestatic/951127/>

[Fuente: Javier Pujol de Lara.
Coordinador Sección de Literatura
Ociojoven Networks S.L.]

II PREMIO MINOTAURO PREMIO INTERNACIONAL DE CIENCIA FICCIÓN Y LITERATURA FANTÁSTICA

De las cinco obras finalistas el jurado se ha decidido por *ESTE INCÓMODO ROPAJE*, de **Rodolfo Martínez**.

El jurado de la segunda edición del Premio Minotauro, formado por **Fernando Savater**, **Chicho Ibáñez Serrador**, **Ángela Vallvey**, **Marcial Souto**, **León Arsenal** –ganador de la primera edición–, **M. Ángeles Mercader**, **Laura Falcó Lara** y **Francisco García Lorenzana**, eligió la obra ganadora de entre las cinco finalistas a la segunda edición del Premio Internacional de Ciencia Ficción y Literatura Fantástica convocado por Ediciones Minotauro y Cafés Marci-lla.



Los cinco finalistas fueron:

- *EL TEATRO SECRETO*, de **Víctor Conde**
- *EL JUEGO DEL TIEMPO*, de **Sergio Gaut vel Hartman**
- *ESTE INCÓMODO ROPAJE*, de **Rodolfo Martínez**
- *TRESCIENTAS HOLANDESAS*, de **Jorge Sabaté Martí**
- *DANZA DE TINIEBLAS*, de **Eduardo Vaquerizo**

El fallo del Premio Minotauro, que en su segunda edición ha recibido 230 manuscritos, tuvo lugar en Madrid el jueves 17 de febrero de 2005. El ganador de esta segunda edición recibirá 18.000 euros, hecho que convierte al premio en el mejor dotado a nivel mundial dentro del género fantástico y de ciencia ficción.

RED LITERARIA

Red Literaria (Barcelona, 18 de enero 2005).

El sello Minotauro, del grupo editorial Planeta, anuncia la salida de «Hades», una nueva colección que colinda con el terror y la fantasía.

Con la salida de los títulos *EL CONTRINCANTE*, de **Elia Barceló**, considerada la más importante autora de CF y fantasía en España, y *LA HORA ANTES DE LA OSCURIDAD*, del estadounidense **Douglas Cledd**, el sello Minotauro iniciará su nueva colección «Hades», dedicada a la literatura que se encuentran en esa zona fronteriza donde se mezclan el terror y la fantasía. Según ha anunciado un comunicado de la editorial, el objetivo de la colección será satisfacer la demanda de un público cada vez más interesado por estos géneros, con obras de calidad literaria en las que prima el suspense, lo sobrenatural, la introspección psicológica y el descubrimiento de los miedos que se ocultan en las sombras de lo cotidiano. Los primeros dos títulos de la colección saldrán a la venta el 18 de mayo.

En *EL CONTRINCANTE*, **Elia Barceló** cuenta la historia de una mujer desaparecida y un hombre obsesionado por ella hasta rozar la locura. Teniendo como ingredientes dos muertes incomprensibles, un asesino demente, y un aterrador círculo verde que aparece en los espejos, la novela es una absorbente historia de posesiones diabólicas, suspense y amor incondicional que revela una temible realidad: Dios sólo puede reinar si tiene un adversario con el que batirse en un combate perpetuo, que es el motor del mundo. Con esta obra, **Elia Barceló** se afirma como una de las narradoras más lúcidas y versátiles de las letras españolas.

Por su parte, en *LA HORA ANTES DE LA OSCURIDAD*, **Douglas Clegg** narra cómo el brutal asesinato de su padre obliga al novelista Nemo Reglan a vol-



ver a la granja de su infancia. Junto a sus otros dos hermanos intentará desentrañar el misterio del crimen, perpetrado por una fuerza inhumana y aterradora que los tres conocen desde su niñez. La introspección psicológica y lo sobrenatural se enlazan en esta sobrecogedora historia en torno a un indescriptible terror que surge de la oscuridad.

Lea esta información más ampliada en nuestra página de Noticias (www.red-literaria.com)

OCHOCIENTOS

Revista Literaria

Ochocientos

Después la literatura también cuenta

Número 15. Abril 2004

**DORIAN CANO
EDUARDO J. CARLETTI
GUSTAVO MASSO**

**JOSÉ CARLOS CANALDA
ANDRÉS LORENZ
VLADIMIR HERNÁNDEZ**

**ALFREDO ALAMO
PABLO CASTRO**

www.revista800.com